

CORRE VUELA

Año II

Santiago de Chile, Mayo 12 de 1909

Núm. 71

EL DUO DE LA ARGENTINA



Si el Perú—que hasta hace poco, tragaba su refunfuño,— ahora insolente y loco airado nos muestra el puño, no es tan sólo por la pica de lo de Taena y Arica.

Hoy le ha parecido mal un tratado comercial; y no puede soportar su negra y celosa inquina cuando nos mira cantar á duo con la Argentina.

PRECIO: 20 CENTAVOS

Anuario Zig-Zag, Guia General de Chile

La edición del presente año saldrá á la circulación próximamente.

Además de su material corriente, completamente al día, contendrá:

La nomenclatura de las mercaderías sujetas al pago de derechos de Aduana, con todos los datos de la Tarifa de Avalúos vigente.

Las tarifas y reglamentos del servicio de los Ferrocarriles del Estado, revisados especialmente para esta publicación, con las modificaciones dictadas hasta la fecha.

Una tabla demostrativa del valor de la Libra Esterlina, Franco, Marco, Dollar, Peso chileno de 48 y 18 peniques en moneda corriente, según el tipo de cambio desde 6 hasta 18 peniques y fracciones.

Informaciones sobre el ejercicio financiero de los Bancos, Compañías de Seguros, Cajas de Ahorro, Sociedades anónimas de comercio é industriales, etc., durante el año 1908.

Fluctuaciones del cambio internacional y del mercado de frutos del país; cotizaciones de bonos y acciones de primera clase; tablas de utilidad práctica para el comercio, etc.

Movimiento comercial de la República en 1907 y 1908.

Hermosas ilustraciones de los puntos más interesantes del país. Etc., etc., etc.

PRECIOS DE VENTA:

Ejemp. pasta carton \$ 6 © Ejemp. pasta tela \$ 8

Despachado por correo, bajo certificado, siempre que los pedidos vengan acompañados de su valor, girado á la órden del ADMINISTRADOR DE "ZIG-ZAG". Casilla 2017.—Santiago de Chile.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

“ZIG-ZAG” ❀ “SELECTA” ❀ ❀ “CORRE-VUELA” ❀ “PENECA”

	UN AÑO	SEIS MESES
ZIG-ZAG	\$ 22.50	\$ 11.70
SELECTA.....	10.00	5.50
CORRE-VUELA.....	9.00	5.00
EL PENECA.....	4.50	2.50
ZIG-ZAG.....	44.50	23.00
SELECTA.....		
CORRE-VUELA.....		
EL PENECA.....		
ZIG-ZAG.....	31.50	16.75
SELECTA.....		
ZIG-ZAG.....	30.50	16.25
CORRE-VUELA.....		
ZIG ZAG.....	26.00	13.70
EL PENECA.....		

Esta maldita Primavera

(SAINETE EN DOS ACTOS)

PERSONAJES:

Una señora, bellísima. Un estudiante.
Un joven con anteojos. Una joven de manto.

(La escena es una de esas lindas avenidas del Cerro Santa Lucía, frescas como un jardín y con el encanto solitario de los caminos. Principios de Primavera. De las hojas recién regadas caen gotas cristalinas. Crepúsculo tibio y luminoso: entre el follaje, rumor de alas que se rozan con suavidades de seda, voces lejanas: de vez en cuando, canto de hojas, seguido de un abanicazo de las palmeras, impregnado de menta).

ESCENA UNICA

LA SEÑORA (*bajando rápida la acera en declive*).—Pero, al fin, ¿por quién me ha tomado usted, joven?

EL ESTUDIANTE (*hablando con pasión y marchando casi a su lado*).—No sé: como una aparición, como una dulce florescencia de este crepúsculo de oro, que ha venido á turbar un árido comentario del Código. ¿Tiene usted la culpa de ser tan bella, y yo la de que usted me haya gustado? Por lo menos debe usted confesar que tengo buen gusto.

LA SEÑORA (*sonriendo con cierta complacencia*).—Sin embargo, es usted muy imprudente: suponga usted que fuese casada...

EL ESTUDIANTE (*con cierto énfasis*).—¡Tanto mejor! Dulce y sabrosa como la fruta del cercado ajeno, dijo el poeta; y los campesinos aseguran que la fruta picada por los pájaros es la mejor...

LA SEÑORA (*algo seria*).—¡Señor mío!

EL ESTUDIANTE (*tierno*).—¿Se ha ofendido usted? Yo lo hice sólo por arrancar una sonrisa de su boca fresca, tan roja y pequeña que se me ocurre una herida hecha por un beso demasiado fogoso... ¿Me perdona usted?

LA SEÑORA (*marchando más lentamente y sonriendo con agrado*).—El perdón es algo precioso: sólo una intimidad muy honda lo hace hacer: yo lo conozco á usted hace dos minutos...

EL ESTUDIANTE (*envalentonado*).—¡Cinco siglos, una eternidad! La simpatía es como el infinito: la distancia y el tiempo no se miden en él... ¿Cree usted en la afinidad electiva?

LA SEÑORA (*irónica*).—¿Y usted cree ser mi complemento, entonces?

EL ESTUDIANTE (*soñador*).—No sé: la sociedad es como una cárcel del alma: hay tantos convencionalismos, tantas mentiras, que la verdad se asfixia apenas sale del alma como los peces del mar... Probablemente usted ha sentido esa inclinación apenas me ha visto, pero luego se ha acordado usted que había olvidado tomar la cola, que luego tenía usted que cambiar de traje para asistir á una reunión ó á un teatro, ó que un amante la esperaba...

LA SEÑORA (*seria*).—Concluycamos, caballero, ¿por quién me ha tomado usted?

EL ESTUDIANTE.—Por una mujer, por una verdadera mujer...

LA SEÑORA.—Y usted que estudia derecho (*mirando el Código que el estudiante tiene bajo el brazo*) no ha aprendido ahí á respetar á la mujer...

EL ESTUDIANTE.—Dispense usted, el Código habla de mujeres... no de ángeles...

LA SEÑORA.—En fin, ¿mujer ó ángel?

EL ESTUDIANTE.—Las dos cosas: como las divinidades del Oriente, un espíritu mixto: la noche y el día, el mal y el bien, la tierra y el cielo, la mujer y el ángel... ¿Sabe usted cómo es la verdadera mujer?

LA SEÑORA (*con picardía*).—¿Siendo usted tan joven sabe ya lo que es una mujer?

EL ESTUDIANTE (*despechado*).—Para juzgar á las mujeres no se necesita mucha edad, señora... Un niño de quince años sería capaz de comprenderla... Eso sí, ustedes toman, por una natural paralojización, al enamorado como al tipo del hombre... El enamoramiento es un estado especial del alma, como una enfermedad que nos impide ver claro... Yo hallo muy necio y muy soso eso de que vuestra alma sea un abismo sin fondo... Nada más claro que nuestro modo de proceder en cualquier circunstancia... ¿Encuentra usted honroso quitarle el pan de la boca al hambriento, y volverlo á acercar en seguida, en un juego cruel? El enamorado es eso, un hambriento...

LA SEÑORA (*mirando con interés*).—¡Es usted divertido, señor letrado! ¡No sé por qué se me ocurre que es usted uno de esos hambrientos!...

EL ESTUDIANTE (*pesimista*).—Puede ser... ¿Tengo la culpa de la carestía de las verdaderas mujeres? Hoy no hay mujeres, señora, todas son vivientes maniqués que se aprietan las



costillas para lucir un talle de avispa, un lindo réclame de la modista que va á los teatros y á los salones... Por eso tengo hambre de verdadero amor, amor espontáneo, sin trabas... y con algo del desinterés de las pasiones intensas... ¿No cree usted, señora, que el amor necesite del olvido como el día necesita de la sombra?

LA SEÑORA (*riéndose*).—A su edad es muy difícil encontrar quién piense de ese modo... Yo soy partidaria de la constancia en el amor...

EL ESTUDIANTE (*convencido*).—Porque es usted verdadera mujer... Necesita usted no pensar que el amor va á concluir, para querer con

toda su alma... Usted se entrega ciegamente, como para borrar con alegría la tristeza de pensar que todo terminará, que usted caerá en brazos de otro con la misma ardorosa entrega de todo su sér... Sería necio llevarse pensando en la muerte cuando uno está en plena vida... Vivir con talento sería justamente no acordarse de la muerte, buscar el placer para huir de los dolores... (Pausa).

LA SEÑORA (sentándose en un escaño, y jugando con su sombrilla de seda rosada).—Cierto, muy cierto... (pensativa). ¿Usted debe haber querido mucho?

EL ESTUDIANTE (de pie, mirando al cielo que

yo recordaré sólo ese apasionado brillo de sus ojos garzos, que otro no alcanzará á ver...)

LA SEÑORA.—¿Por ser corto de vista quizás?

(En este momento una victoria se detiene en la plazoleta del Cerro; y el joven de los anteojos, después de mirar hacia todos lados, se dirige á la joven: ésta se pone de pié, y cogiendo graciosamente su magnífico vestido de seda, se toma de su brazo).

EL JOVEN DE LOS ANTEOJOS (mirando con seriedad curiosa al estudiante).—¿Quién, Luisa?

LA SEÑORA (con negligencia, como pensando



azulea por encima de los eucaliptus del sendero).—Nó, señora... He soñado mucho más que he querido... Usted no sabe, señora, que el ensueño es un camino para llegar á la verdad... Amando uno concluye por despreciar á la mujer; se la hallan más defectos que cualidades; soñando uno se imagina cómo podra ser en una época ideal, y la ama espiritualmente, haciendo que todos sus deseos no satisfechos se depuren y se conviertan en aromado idealismo...

LA SEÑORA (una sonrisa).

EL ESTUDIANTE (con elocuencia).—Sin embargo, ¿alcanza la mujer á llegar hasta ese oculto manantial de ternura? Casi nunca: para ella todos los hombres son iguales, y no sirven sino para casarse... Vea, si no: á usted que la he conocido tan poéticamente, apareciendo de pronto, al levantar la vista del libro, tan adorable con su vaporoso vestido lila, y con ese sombrero que realza el brillo de sus cabellos de oro... Con franqueza, ¿no sintió una conmoción extraña, diferente de la sentida por usted cuando ve á un pololo, una brusca palpación que usted ahogó con un gesto de seriedad afectada?

LA SEÑORA.—(Otra sonrisa y una mirada rápida de protectora simpatía).

EL ESTUDIANTE.—Sin duda: á pesar de eso, usted siguió su camino, y á los cuatro pasos lo olvidó por completo; yo lo he sentido con más fuerza, y la he seguido á usted: mi admiración fué tan sincera al ver la fresca nota de su juventud en medio de la poesía suave de la tarde primaveral, que usted me perdonará la audacia de mi conducta... (Melancólico). Sin embargo, usted me olvidará apenas se separe de mí: un recuerdo, por bello que sea, tiene muchos rivales en su alma: los trajes, los salones, el tenor cuando canta romanzas sentimentales, el sombrero de la amiguita... y los hombres en menor escala ¿verdad? En cambio, yo soñaré mucho; y para mí alma será usted una persona muy conocida: con el tiempo desaparecerá su traje lila, y su sombrero, los sueños la desnudarán lentamente hasta del cuerpo y

en algo suave y recóndito).—Un abogado... un poeta... no sé. (Se alejan).

EL ESTUDIANTE (solo).—Y se va con ese imbecil! ¡Tan inteligente, tan bella como era! ¡Mi ideal de mujer! ¡Quizás si nacida para mí! ¿Tendrá miedo á mi juventud, juventud sin dinero, que viene siendo en la vida como la desnudez? El amor es vanidoso, y gusta de la comodidad. No basta tener un alma grande, ó un gran deseo... (Riéndose, y levantándose del asiento). ¡Esta maldita primavera que enardece la sangre!...

(Se aleja estudiando).

ACTO II

(Dos horas más tarde. Otra avenida del Cerro: palmeras, ruido de hojas, cielo azul, rayos de sol á través del follaje reverdecido).

EL MISMO ESTUDIANTE (que ha dado la vuelta al Cerro).—¡Diablo! ¡Y no es fea la morena! (Acercándose á una muchachita de manto, criolla saladisima que baja apresuradamente con un paquete bajo el brazo). (Melosamente).—Señorita, ¿va usted al infierno que va tan de prisa?

LA JOVEN (secamente y sin mirar).—¿Y á usted qué le importa?

M. LATORRE COURT.

Abril de 1908.



Un acorde difícil

Mozart, el glorioso maestro, autor del "Don Juan" y de "Las bodas de Fígaro", tenía una nariz que podía competir con la del célebre narigudo Cyrano de Bergerac, y lo mismo que éste se permitía burlas con sus voluminoso apéndice, que no carecían de originalidad.

Un día, presentando al maestro Haydn una página de música que acababa de escribir, le dijo:

—Tened, querido maestro; apuesto á que no podéis ejecutar este trozo.

Aceptó Haydn la apuesta sin titubear, y se puso al piano. Sin dificultad descifró los primeros compases, pero de repente se detuvo.

—Esto es imposible—dijo—;hay una nota que tocar en medio cuando las dos manos están ocupadas á derecha é izquierda...

Mozart se echó á reír del conflicto, y su-

plicando al maestro que le cediera su puesto en el piano, comenzó á tocar; pero lejos de detenerse, al llegar al pasaje que Haydn juzgaba imposible, tocó la nota con la punta de la nariz.

Haydn se declaró vencido, y proclamó que la paginita tenía narices.

—Ya estoy vengado. Ramirez me dió una paliza el invierno pasado y acabo ahora de devolvérsela.

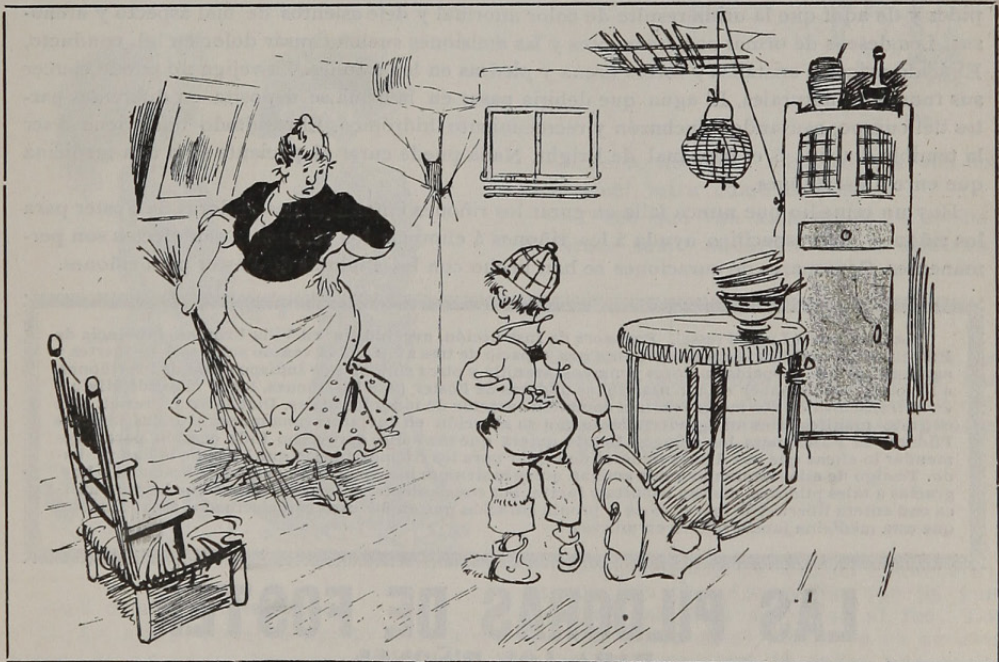
—¿Y por qué esperaste tanto tiempo?

—El me dió la paliza en invierno y yo se la dí en verano.

—Pues no hallo la diferencia entre una y otra.

—¡Cómo que no hay diferencia! Yo acabo de pegarle á la salida del baño, y él me la dió cuando yo llevaba un sobretodo que parecía un colchón!

GOTERONES



—¡Ah! picaronazo! Al fin te apareces por aquí. Te voy á dar una frisca que te vá á hacer ver burros negros.

--Muy bien. Atráquele no más; precisamente yo necesitaba algo para calentar el cuerpo.

Los riñones piden socorro



Cuando los riñones están enfermos siempre dan aviso y cuando los riñones invocan ayuda no hay tiempo que perder. Las enfermedades de los riñones son comunes y arriesgadas y causan más muertes en el año que ninguna otra dolencia humana, debido en la mayor parte de los casos á apatía del paciente. Los trastornos de los riñones son contraídos fácilmente, pero son igualmente fáciles de curar si se atienden como se debe y en tiempo.

Las causas más corrientes de las enfermedades de los riñones, son: fiebres, resfriados, el atarear demasiado los músculos de la espalda, exceso en las bebidas alcohólicas, sangre mala ó impura, etc.

Los riñones son los filtros naturales de la sangre y cuando se indisponen, la sangre pronto se recarga de impurezas que los riñones no han podido eliminar. Esto causa dolor de espalda, los músculos se ponen tiesos y adoloridos, las coyunturas duelen, desvanecimientos, dolores de cabeza y reumáticos, desvelos, nerviosidad, debilidad del corazón y otros muchos dolores y achaques en el cuerpo.

Entretanto, los riñones se van debilitando con rapidez y de aquí que la orina resulte de color anormal y deje asientos de mal aspecto y arenosos. Los deseos de orinar son frecuentes y las emisiones suelen causar dolor en el conducto. El ácido úrico se cristaliza y forma arena y piedras en los riñones. La vejiga no puede ejercer sus funciones naturales. El agua que debería pasar en la orina se deposita en diferentes partes del cuerpo, causando hinchazón y recrecimiento hidrópico. El resultado final viene á ser la temible diabetes ó el fatal mal de Bright. Nada puede curar al paciente sino una medicina que cure á los riñones.

Hay un remedio que nunca falla en curar los riñones enfermos. Las píldoras de Foster para los riñones. Este específico ayuda á los riñones á eliminar los venenos y sus efectos son permanentes. Centenares de curaciones se han hecho con las Píldoras de Foster para riñones.

La Srta. Rosa Luisa Pressel, Profesora de Instrucción, vecindada en Villa Urquiza, Provincia de Entre Ríos, República Argentina, quien por espacio de tres años había venido sufriendo de fuertes y agudos dolores de espalda, sudores y mareos, arenilla y otros síntomas de indisposición de los riñones, á los ocho días de haber estado usando las píldoras de Foster para los riñones, logró marcado alivio y en el transcurso de dos meses más una completa curación de todos los males. Dice la Srta. Pressel: «Me es grato manifestarles mi agradecimiento por su atención en enviarme una muestra de sus famosas Píldoras de Foster para los riñones. Donde quiera que me hallo, aprovecho toda ocasión para recomendar lo eficaz que son dichas píldoras de Foster para los riñones, puesto que bien me lo han probado. Testigo de ello son también mis amigas, quienes siempre me conocieron delgada y acabada, y hoy, gracias á tales píldoras, me ven robusta y fuerte. Por consiguiente, autorizo á Uds. á que hagan pública con entera libertad la maravillosa y pronta curación que en mi caso han efectuado, asegurándoles que esta medicina jamás faltará en mi casa.»

LAS PÍLDORAS DE FOSTER PARA LOS RIÑONES

De venta en las boticas. Se enviara muestra gratis, franco porte, a quien la solicite. Foster-McClellan Co., Buffalo, N. Y., E. U. de A.



VARIEDADES



En Francia acaban de verificarse nuevos ensayos para comprobar el efecto de los diferentes colores sobre la vegetación, y háse llegado á conseguir resultados que indudablemente pueden tener grande importancia. Bajo la luz roja, por ejemplo, el crecimiento de las leguminosas es quince veces más rápido que bajo la luz azul. Se ha observado igualmente que, protegidas por una pantalla, biombo ó cortina azul, las frutas maduras se conservan admirablemente: después de transcurrir muchas semanas, no presentan ni el más ligero síntoma de podredumbre.

✽

Bartolomé Cristofell, de Padua (Italia), inventó el piano hacia el año 1711. El piano vertical fué creación de una fábrica francesa.

✽

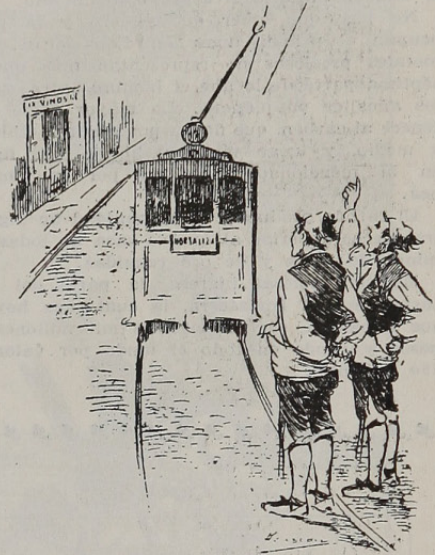


—¿Y cómo sigue tu novio?

—¡Ay, hijita! Siempre tímido como una niña de 15 años. Figúrate que no me ha abrazado sino una sola vez... y eso porque me confundió con la sirvienta de mano.

Según todas las probabilidades, Babilonia fué la primera ciudad del mundo que llegó á reunir un millón de habitantes.

✽



—¡Pero, hombre! mira lo que son los eléctricos! mira como corren!

—Y eso que van amarrados de arriba. Figúrate como andarían si los soltaran.

✽

Desde la terminación de la guerra del Transvaal, las minas de Kimberley han producido más de doce toneladas de diamantes, cuyo valor se calcula en quinientos millones de pesos.

✽

Las autoridades de Uelzen (Luneberg), han dictado una disposición que ha gustado más al bello sexo que al feo. Los maridos deben estar recogidos en su casa á las once, so ;ena de pagar una multa equivalente á doce pesetas, la mitad de las cuales son para la persona (seguramente la esposa) que haga y pruebe la denuncia.

Las riquezas subterráneas del Globo

TODAS las cuestiones relativas al mundo subterráneo de las minas, donde buscamos el combustible mineral y los metales, adquieren de día en día mayor importancia. Para convenirse de ello basta reflexionar acerca de la creciente producción de las minas.

Mr. Curiot, en una interesante conferencia recientemente impresa, calcula en más de nueve mil millones de pesos el valor de los productos que actualmente salen de las minas en todo el mundo, durante el espacio de un año.

No hay que creer que el oro y la plata ocupan el primer lugar en dicha cifra. Los metales preciosos no representan más que la séptima parte de lo que el hombre extrae todos los años de su planeta. La mayor parte pertenece al carbón, que figura por tres mil millones y medio, y luego viene el hierro, que figura en la mencionada cantidad por mil millones.

El carbón produce á la humanidad un ingreso tres veces superior al que se saca de todas las minas de plata y de oro reunidas.

En este colosal ingreso, la parte del león corresponde á Inglaterra, la cual saca hoy de sus minas de carbón más de mil millones de pesos y vende en todo el mundo por valor de 250 millones.

Ante la enormidad de estas cifras, los hombres de ciencia y los de negocios, piensan muy seriamente en el porvenir de la riqueza subterránea del globo.

Según los primeros, no deben abrigarse temores de ningún género.

Si una cuenca carbonífera se agota, siempre será sustituida por otra no menos fecunda y dilatada.

La superficie de los distritos mineros en Inglaterra se calcula en treinta y tres mil kilómetros cuadrados, y en los Estados Unidos llega á cuatrocientos noventa mil setecientos.

Mr. Curiot afirma que la producción de oro en 1888 ascendió á 549.500,000 pesetas.

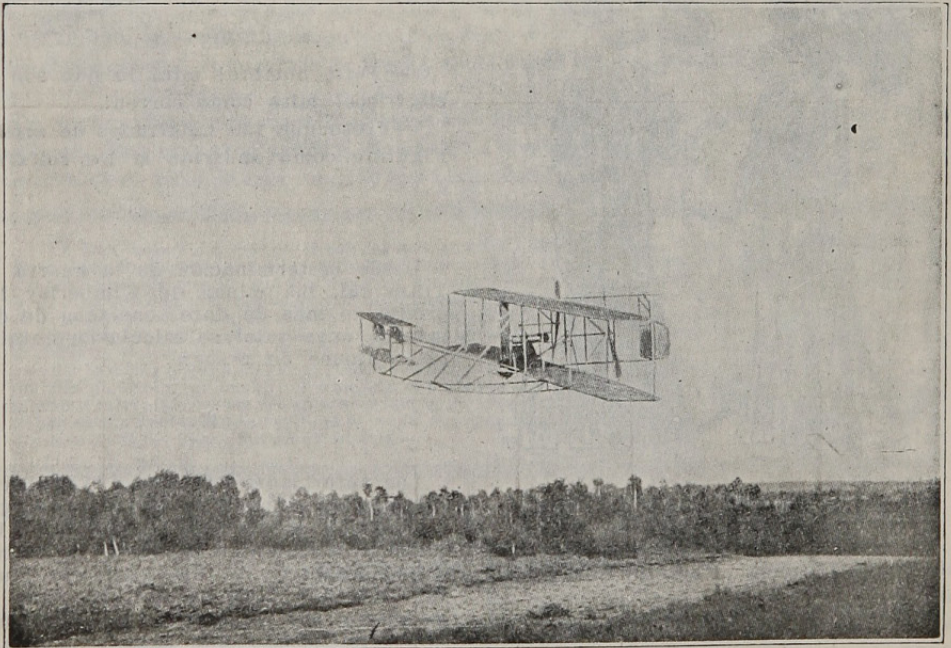
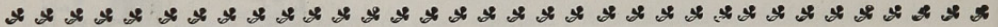
Con arreglo á la estadística inglesa, en 1889 fué de 20 millones de libras esterlinas.

La mayor producción es la de las minas de California y de Colombia.

Vienen luego las que ofrecen las del Brasil, de Méjico, de Venezuela y de la República Argentina.

El Transvaal va adquiriendo extraordinaria importancia de día en día.

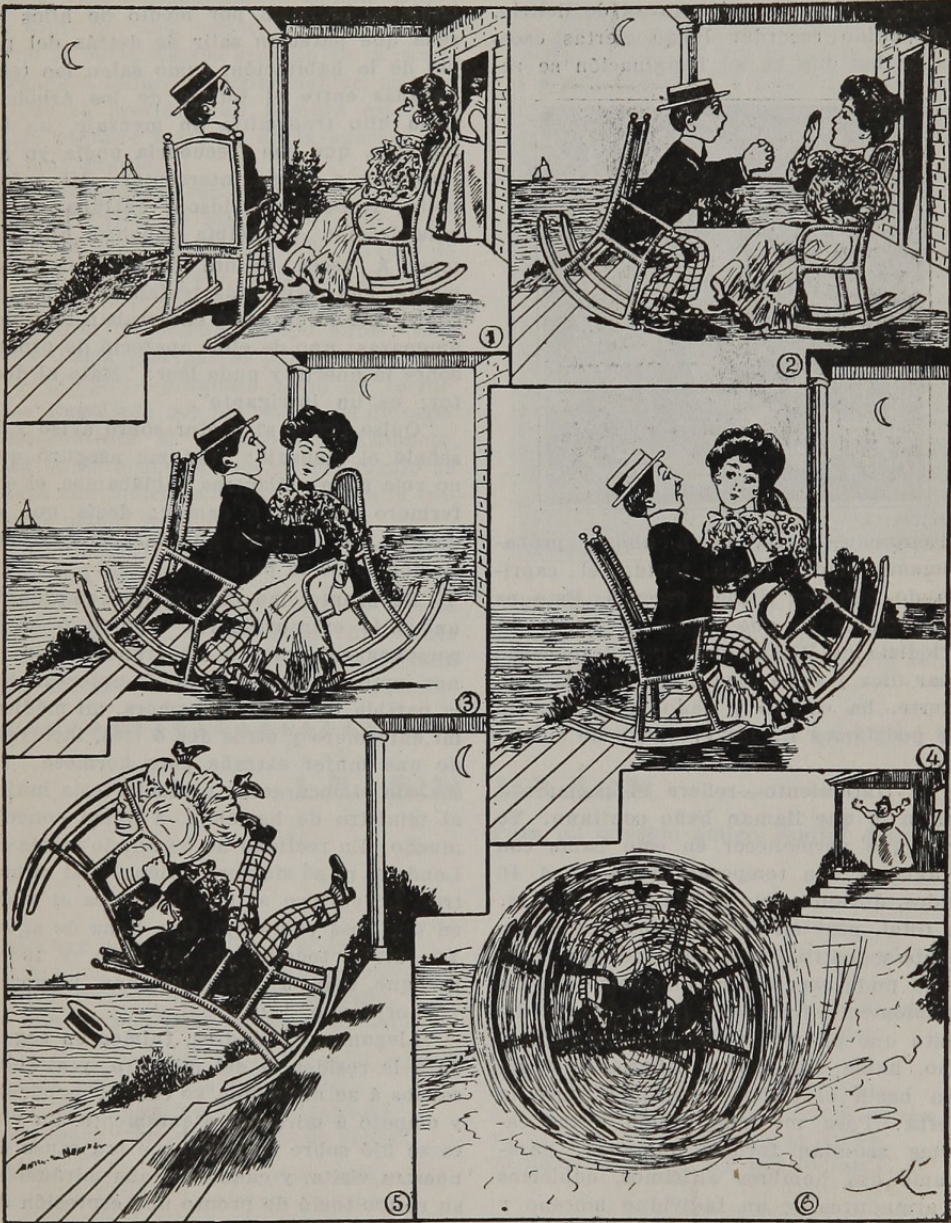
En 1886 la exportación de oro fué en el Africa Austral de 69,543 libras esterlinas; en 1887, de 133,534; en 1888, de 235,000, y en 1889, de 750,000.



Wilbur Wright en su aeroplano.—El aeroplano Wright en su vuelo de hora y media, en el que recorrió 90 kilómetros

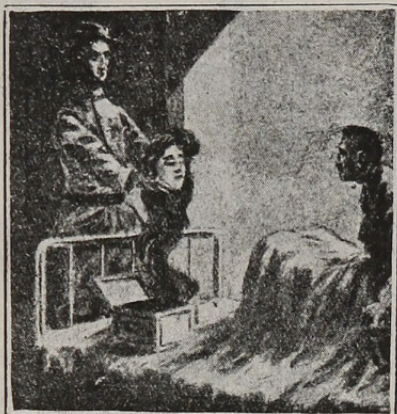
LOS AMORES EN LA PLAYA

CUENTO MUDO EN 6 CUADROS



En el Reino del Delirio

MUCHAS personas que durante una grave enfermedad han sido presa de delirio, han podido recordar luego ciertas escenas de las que en su imaginación se re-



presentaban; pero, hasta ahora, probablemente nadie había tenido el capricho de publicar dichas escenas. Esto es precisamente lo que acaba de hacer un periodista de Washington, que después de pasar diez y ocho días entre la vida y la muerte, ha escrito y dado al público lo que podríamos llamar el diario de su delirio.

“El tratamiento—refiere el paciente—incluía lo que llaman baño continuo. Yo tenía que permanecer en este baño, con el agua á una temperatura de 37 á 40 grados, durante siete á diez horas diarias. En total, pasé en el baño continuo ciento treinta y cuatro horas, y en todo ese tiempo no pude concebir ni una sola idea razonablemente formada. Saliendo del depósito que proporcionaba el agua para el baño, había dos ó tres cañerías que subían hasta el techo y pasaban sobre la puerta. Para mi imaginación, estas cañerías asumían formas humanas: parecíanme dos hombres altísimos, cubiertos de armaduras, y un individuo moreno y chiquitín, de un palmo escaso de altura, á quien yo llamaba el Hombrecillo Negro. Este terceto cometía é impedía crímenes. Sus armas eran ácidos y gases.

“Detrás de la pared, sin que yo la viera, estaba la Mujer, el principal conspira-

dor femenino de aquella banda. Cuando hablaba, lo hacía por medio de hilos de seda que parecían salir de detrás del papel de la habitación, como salen las telaharañas entre el follaje de los árboles. Cada hilo transmitía un mensaje, un hilograma, que con frecuencia podía yo interpretar y hasta interceptar. Mi enfermero, Roberto Davidson, entraba en la conspiración y recibía muchos hilogramas, á veces treinta juntos. Generalmente, sus respuestas tenían la forma de canto. Los hilogramas encerraban terribles amenazas; uno de ellos apareció de pronto sobre la puerta y pude leer: “Mata al doctor; es un intrigante”.

“Quise poner al doctor sobre aviso y le señalé el mensaje; pero me aseguró que no veía nada. Mientras hablábamos, el enfermero empezó á cantar; decía que el médico era un gran auxiliar para la asociación, y se le perdonó”.

“De pronto, me pareció que emprendía un viaje extraordinario. Cuatro ó cinco personas subíamos á un transatlántico y nos embarcábamos para Inglaterra. En la partida iban una enfermera, mi médico, mi enfermero y otros dos ó tres, incluyendo una mujer extraña pero hermosa. Yo iba con el encargo de presentar esta mujer al ministro de hacienda, á quien conocía mucho. En realidad no he estado jamás en Londres, ni sé siquiera quién es tal ministro. Lo curioso es que hacíamos el viaje en una cosa como una tina llena de agua. Yo estaba todavía en mi baño, y todos los que iban á bordo estaban húmedos y chorreando agua.

“Llegamos á Londres, fuimos en seguida á la residencia del ministro, y al colocarnos á su alrededor, se caló el monóculo y empezó á mirarnos atentamente. Su vista se fijó sobre la joven que era causa de nuestra visita, y cuando estaba mirándola, su rostro tomó de pronto una expresión de gran asombro; se le cayó el monóculo, y abrió la boca como atontado. Me volví siguiendo su mirada y también me quedé estupefacto. ¡La nariz de la mujer había desaparecido de repente!

“Viendo que se le caía la nariz al suelo,

ella se tapó la cara con las manos, lanzando un grito de horror. En seguida, detras de la nariz, empezó á despegársele una oreja, y cayó también á tierra, y en seguida la otra. Todos lanzamos un grito y tratamos de ganar la salida.

Una visión espantosa.—“Aquella noche me sentí un poco mejor y ya no me llevaron al baño. Estaba sentado en la cama, mirando á todos sin poder hablar, cuando ví que se acercaba un hombre extraño. Había entrado á traves de la puerta, que era muy gruesa.

“Deteniéndose frente á mí, puso á mis pies una cajita de madera, de forma cúbica. En seguida me saludó, levantó la tapa de la caja y sacó un objeto que reconocí como la cabeza de una mujer á quien yo conocía de mucho tiempo antes. Seis meses hacía que partió para Filipinas.

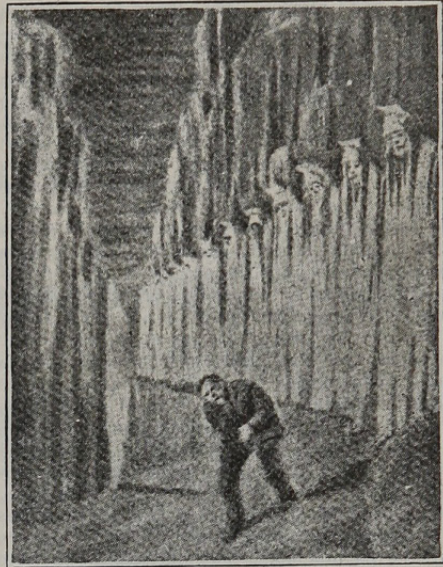
—“¿Cómo?—pregunté lleno de terror.

—“Degollada por los cazadores de cabezas,—contestó el soldado lacónicamente.—El hombre que la asesinó me regaló su cabeza con indicaciones para que se la trajera á usted. Aquí está.

—“¡Asesino!—grité saltando hacia adelante para cogerle.

“Pero no le alcancé. Ni él ni la cabeza estaban ya allí. Entonces me di cuenta de que todo lo que me rodeaba era extraño para mí. Me volví á uno de los doctores

y le pregunté:—¿dónde estoy? ¿Qué ha sucedido?—El médico me cogió una mano, y mientras me tendía de espaldas y arreglaba mis ropas como para que durmiese, exclamó “¡Al fin! ¡Al fin está salvado!”



En efecto, aquella fué la última visión de este extraño delirio, y pocos días después el autor de tan extraordinario relato estaba fuera de peligro.

LA SIN RAZON

Para mi querido amigo Emilio Alvarez

I

Ella era muy linda! Tenía el cabello de un rubio dorado color de champagne, mejillas rosadas, su pie tan pequeño, sus ojos profundos de un verde de mar.

Esbelta y graciosa, no había en el barrio ninguna chiquilla que fuera rival. Qué finos perfiles tan proporcionados! Qué rítmico y suave su modo de andar!

Tenía veinte años. ¡Qué chica más seria! Jamás prestó oído á palabras de amor, y muchos murieron de lánguida pena al ver solo en ella imposible ilusión.

A nadie escuchaba ni á ricos ni á pobres todos la llamaban “La sin corazón”. Jamás tuvo afectos para ningún hombre ¡Ay! ¡Cuántos murieron de acerbo dolor!

II

Cinco años veloces ya han transecurrido; la chica graciosa tristísima está. La bella ha perdido... ¡qué triste es decirlo! su angélica gracia, su dulce beldad.

No tiene cabellos. Picada de peste su faz tan hermosa. Qué ronca es su voz ya nadie la mira, ya nadie la quiere, ya nadie se muere por ella de amor.

Qué niña más tosea. Qué niña más fea por Dios que está horrible “La sin corazón”! En vano ella busca un sér que la quiera ya es tarde le dice la voz del amor...

RAFAEL FONTECILLA R.

Nuevo invento prodigioso para descubrir el sexo

UN ingeniero inglés llamado Williams, que en sus ratos de ocio se dedica á criar gallinas, observó cierto día, hallándose en su cuarto de trabajo, que algunos pequeños instrumentos de acero colgados de la pared oscilaban ligeramente sin que nadie los hubiese tocado. En vista de que la oscilación no cesaba, quiso averiguar su causa, y observó que precisamente bajo los objetos de acero, en el suelo, había un cesto de huevos. Lo retiró para ver si había algún imán debajo, y los instrumentos dejaron de moverse; volvió á ponerlo en el mismo sitio, y la oscilación comenzó de nuevo.

No había duda: entre el acero y los huevos existía alguna secreta atracción. Habiéndose enterado de que aquéllos procedían de una gallina clueca, Mr. Williams quiso repetir el experimento con un huevo estéril, y con gran asombro vió que los objetos de acero no oscilaban. Nuevos ensayos revelaron un hecho más notable todavía: con ciertos huevos fecundos, el objeto de acero oscilaba lo mismo que el péndulo de un reloj, mientras con otros tomaba un movimiento circular. Llevados todos á una incubadora, los primeros producían siempre pollitas, mientras de los segundos salían pollitos.

De este modo ha hecho el ingeniero inglés un descubrimiento que indudablemente ha de ser clave de muchos problemas: ha descubierto una fuerza del sexo, latente en el huevo, que mueve los objetos de acero suspendidos, en distinta forma: de un lado á otro si es hembra, en círculo, si es macho.

Un escritor de gran autoridad refiere en estos términos una interview con Mr. Williams, durante la exhibición que éste hizo de su descubrimiento bajo los auspicios del diario londinense *Daily Mirror*:

—Al saludar al ingeniero, le pregunté:

—¿Tiene usted confianza en su invento?

—Lo he comprobado mil veces. El año pasado saqué centenares de huevos en mis tres incubadoras, y ni uno solo contradijo las indicaciones del acero. Al principio me confundía algunas veces y cometía equivocaciones; pero mi mujer puede probar con 200 huevos en una hora, y todos salen adelante, sacando la proporción de machos ó de hembras que deseamos.

—¿Y qué aparato emplea usted?

—Este—dijo M. Williams, sacando un sexófono, como él le llama:—no es más que un alambre de acero, del que pende una pesita del mismo metal. Tengo otro algo más complicado, pero el principio es el mismo.

—¿Y el sexo influye siempre lo mismo?

—Siempre, y no sólo con un huevo. Hombrés, cuadrúpedos, aves, peces... El aparato jamás se equivoca. Pero usted mismo puede hacer la prueba.

La hice, en efecto, sobre un general allí presente, y la bolita de acero empezó á moverse muy despacio y luego á girar incesantemente. Después la coloqué sobre la cabeza de una señora, y el movimiento giratorio cesó para dar lugar á la oscilación del péndulo.

—Talvez se trate de una sugestión personal—me atreví á decir—por la que el objeto se mueve o esperamos que va á moverse.

—Bien; pruebe usted entonces con un animal cuyo sexo le sea desconocido. Aquí hay un erizo, palomas, conejos, ratones; nadie puede decir cuál es macho ni cuál es hembra sin un detenido exámen. Pruebe usted, pruebe.

Probamos, y, en efecto, en todos los casos el sexófono nos dijo el verdadero sexo del animal. Mr. Williams iba á sacar de una cesta un perrito para continuar los experimentos, cuando me ocurrió decirle:

—Deje usted el perro donde está, con la tapa cerrada. Nadie sabe si es perro ó perra; á ver si el sexófono, colocado sobre la cesta, nos lo dice.


Mr. Williams vaciló; no se atrevía á garantizar el éxito del aparato en este caso; la tapa del cesto podía interrumpir la corriente. Pero yo insistí, y suspendí la pesita del sexófono sobre la cesta. A los pocos segundos empezó á moverse en círculo.

—El perro debe ser macho—dije, vamos á verlo.

Se le sacó de su encierro, y, en efecto, era macho".

En nuestra redacción hemos reproducido el experimento, y obtenido los mismos resultados que anuncian los periódicos ingleses, aunque empleamos como aparato indicador una sencilla aguja suspendida de un hilo de seda. ¿Mediaría alguna sugestión de nuestra parte? No lo sabemos; lo cierto es que la aguja se mueve lo mismo que la esferilla de Mr. Williams.

Ahora, falta saber cómo se conducirá el acero en presencia de un animal asexuado ó hermafrodita, ó ante un hombre afeminado ó una mujer hombruna; y también sería curioso saber si puede revelar el sexo de un feto antes de nacer, en cuyo caso sería de gran utilidad, sobre todo en lo que toca á descendencias regias.



UN VERDADERO TESORO PARA EL CÚTIS ES
LA CREMA DEL HAREM
Quita las pecas, manchas, granos y demas imperfecciones del cútis, así como preserva el rostro de los efectos perjudiciales del sol y alre.

CORRE-VUELA

REVISTA LITERARIA, HUMORISTICA E ILUSTRADA

OFICINA: Teatinos, 666 • • • CASILLA, 2017 • • • TELEFONO INGLES: 780

Editores propietarios: Empresa "Zig-Zag"

Año II

SANTIAGO, MAYO 12 DE 1909

NUM 72

UN RINCONCITO CON EL SOL



—Dígame, doña Conchita. ¿Usted se vá á ir con la Alianza ó le anda buscando el ladito á la Coalición?

—Me extraña su pregunta. Sepa usted que la democracia, de la cual soy jenuína representante, como partido de progreso, como partido de grandes ideales, siempre estará del lado del sol que más calienta.

Rumores de la Semana

ADELANTÁNDOSE á los deseos vanos y progresistas de la gente devota, y antes que lo compelieran á la obra por medio de una procesión con música, San Isidro ha tenido á bien regalarnos con una lluvia bien presentada, cómoda y nocturna, sin



truenos ni relámpagos, tal como conviene á un santo educado y oportuno.

Al sentir el chaporroteo, todo el mundo suspiró con esa íntima y alegre satisfacción de un anhelo cumplido, y muchos hubo que, al día siguiente, salían á la calle con el santo propósito de mojarse hasta la médula y gozar así de la bendición húmeda que nos venía del cielo.

La opinión corriente, aún no desmentida por nadie, es que, lo que caía de lo alto, no era agua destilada, límpida y fresca, sino oro puro y diluido mezclado con hidrógeno, permanganato de potasa, sulfato de cobre y otros varios desinfectantes gratuitos y obligatorios, capaces de destruir en un minuto todas las epidemias reinantes ó destituidas, incluso la municipalidad y la política.

Los agricultores, especialmente, han recibido el agua con un regocijo verdaderamente agrícola y comercial, ya que ella les trae consigo una esperanza seductora de cosechas buenas y otro magnífico pretexto para elevar todavía más los precios de sus productos, hoy por hoy al alcance de todas las grandes fortunas.

Al respecto un amigo mío, hombre más práctico que Roosevelt ó don Marcial Martínez, me decía:

—Hablando en dinero efectivo, yo me congratulo de la lluvia, porque tengo un corazón blando y me agrada el bien que reciben otros. Para mí, esas agüitas casi de nada me sirven, yo no tengo terrenos de rulo y estoy habituado á ver que, sea bueno el año ó sea malo, la historia de los precios es la misma. Además, estos goterones del Sábado me van á hacer faltar ignominiosamente á mis promesas.

—¿De qué modo?

—Debo procurarme paraguas y zapatillas, precisamente, cuando me prometía boycotear al comercio por la insolencia desmedida con que nos está tratando. Con ayuda de cálculos he sacado en limpio que todas las mercaderías valen ahora el triple de lo que costaban cuando teníamos el cambio á 17. Es decir, nos atracan hoy como si tuviéramos el cambio á 6 peniques. Fíjese y considere.

—En esta situación no se puede considerar nada.

—Es lo que digo yo. En consecuencia, lo que se necesita aquí no es tanto el agua pura y cristalina de las nubes sino una llu-



via de palos ó de otra sustancia contundente que molijere las costumbres, reprima los apetitos desenfrenados y nos haga otra vez buenos, honrados y justos ante los ojos de Dios.

—O del gobierno.

—¡El gobierno! ¿Pero con quiénes vamos á hacer gobierno ahora?

—Con los radicales, los nacionales, los liberales y algunos otros congresales cabales, leales y formales que deseen paz en las alturas y tranquilidad en el seno del hogar doméstico.

—Es lo que yo le digo siempre á mi mu-



jer, que es más balmedista que un eucaliptus:—Con ustedes no se puede hacer patria! Cuando dirigía la batuta Sanfuentes, el partido iba bien, recto al fin, era como una dama vestida con traje de Imperio. Pero ahora que ha dado en cambiar de traje todos los días, siguiendo las variaciones antojadizas de la moda... ahora que usa traje Directorio....

—Se le han visto las canillas.

—Exactamente... Y ahí lo tiene usted ahora con quince diputados y en completa libertad de acción.

Yo, realmente, no he comprendido en que está eso de la libertad de acción, pues sabido es que ningún partido va al gobierno con las manos atadas, y más bien quiero entender que esa libertad significa el acabóse.

Precisamente: alguien supone que, dentro de poco, no va á necesitar el partido la intervención aniquiladora y pulverizante del doctor Corvalán Melgarejo para desaparecer de la escena mundial. Un astrónomo compararía este hermoso núcleo político con una nebulosa ó con un conjunto de astros que, no pudiendo sujetarse á una ley de gravitación se disolverá en los espacios, quedando el señor Balmaceda en calidad

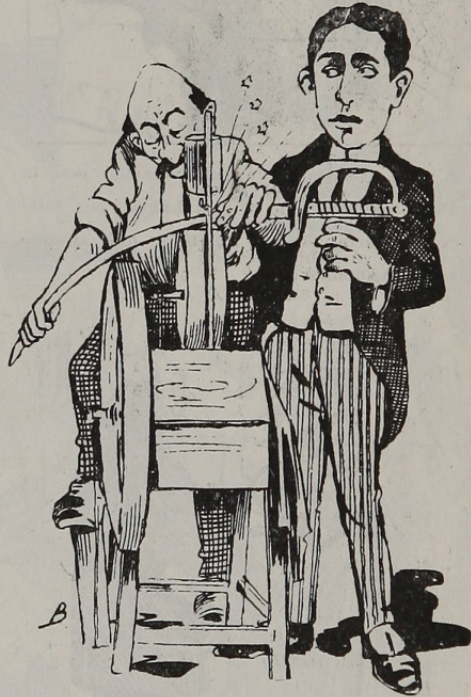
de estrella fija, el señor Devoto, convertido en luna llena, don Belfor, transformado en planeta con unos cuantos anillos de compromiso al estilo de los de Saturno, y don Cucho Correa Bravo reducido á la categoría de cometa, con estensa cauda, y ejecutando en los aires una gran parábola que le permitirá acercarse á nosotros solamente cada ciento cincuenta años ó menos, si hace buen tiempo y hay sol.

El porvenir no es halagador, ¿pero quién es feliz en estos tiempos? Nadie.

Yo creía que por lo menos podía serlo mi amigo Ignacio Marchant, por el hecho de haber obtenido el hermoso cargo de primer alcalde; pero al verlo el Domingo último, triste, preocupado y pensativo, he resuelto considerarlo como el sér más desdichado del universo.

Y él confirmó esta opinión diciendo con acento de aguda melancolía:

—Estoy estudiando, mi amigo, las finanzas municipales; me he metido en números hasta el oxipucio, he recurrido á la ciencia de mil autores antiguos y contemporáneos,



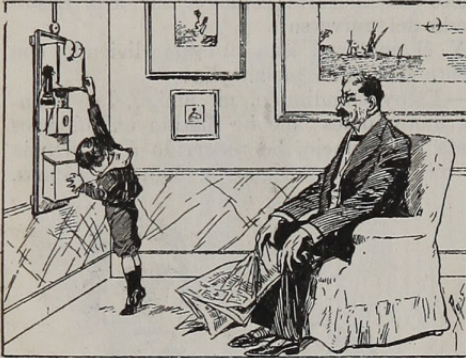
me he devanado los sesos, ¿y sabe usted lo que he sacado en limpio?

—Aquí en Santiago no hay nada en limpio.

—Nó, señor. He sacado en limpio que ahora, como antes, no hay más remedio que seguir afilando el sable de la alcaldía y continuar los mandobles dirigidos á la cabeza visible de Papá Fisco.



Examen de castellano.
Profesor.—Cíteme una palabra derivada de “padre”.
Alumno.—“Hijo”.



—A ver, Renato, pide comunicación con la casa de Frider Miquel & Co.
 —Pero, papá, ¿cómo voy a hablar por teléfono si no llego al aparato?
 —No importa; llama no más, que cuando te contesten ya habrás crecido lo suficiente para hablar y responder.



—Todo el mundo está resfriado ahora. Atienda usted... ¿Oye como tose mi mujer?
 —Estaba oyendo eso; pero yo creía que era la sirena de un automóvil.

El.—¿Por qué no me ha dicho antes que era viuda y que tenía siete hijos? Comprenderá que en estas condiciones no me siento con valor de casarme con usted, como le había prometido.

Ella.—¡Hé aquí lo que son los hombres! ¡El más mínimo obstáculo les hace retroceder!...



—Mira, Hubertito, tú estás mascando un pedazo de goma de tus zapatos.
 —No, señorita.
 —¿Entonces qué estás haciendo?
 —Me la estoy tragando.

En un baile.

—Diga usted, Ricardo, ¿no podría variar un poco?

—¿Qué quiere usted decir con eso, Matilde?

—Que mientras estamos bailando me ha pisado usted seis veces el pié izquierdo. Si no puede remediarlo, písame usted ahora el pié derecho.

CANCIONES DEL OSTRACISMO



DON FERNANDO.—Señora, estoy enojado
¡nadie se acuerda de mí!
SEÑORA.—Pero quién vá á recordarlo,
si usted se lo pasa así,
encerrado en el misterio,
lo mismo que Abdul-Aziz.

¿Cómo quiere su memoria
mantener en el país,
si se oculta, si se ausenta,
si desde hace rato,
no se le divisa á usted aquí
la punta de la nariz.

SIN PASION

EL defensor, el joven abogado Jacinto Fuentes, se encontraba desorientado. Si el mismo defendido le desbarataba los recursos empleados siempre con tanto provecho... se acabó: no había manera de sacarlo absuelto, y tal vez entre aplausos de la muchedumbre.

—¿Qué trabajo le cuesta á usted decir la verdad?—preguntaba insistente al asesino, que, con la cabeza baja, el demacrado rostro muy ceñudo, estaba sentado sobre el camasto de su tétrica celda en la cárcel Modelo.—Confiese que se encontraba... vamos, enamorado de la mujer, de la Remigia...

—Nó, señor. ¡Ni por soñación!—exclamó sinceramente el criminal.—Pero... ¿qué iba yo á andar namorao de la probe de Remigia, que parece una aceituna aliñá, tan denegría como está de carnes, con lo que el marido, mi víctima, le arreaba á todas horas? Lo digo como si me fuese á morir: en ese caso de arrimarme, primero me arrimo á un brazao de leña seca que á la Remigia.



Por éstas, que no se me ha pasao nunca semejante cosa ni por el pensamiento.

El abogadito, de recortada y perfumada barba, que recordaba tantas conquistas en sus años, relativamente pocos, se quedó confuso al notar que aquel hombre, vigoroso y mozo también, no mentía. Acostumbraba Fuentes explicárselo todo ó casi todo por la atracción que ejerce sobre el hombre la

mujer, y vice-versa, y sus derroches de elocuencia los tenía preparados para el caso natural de que el oficial de zapatero, Juan Vela, "Costilla" de apodo, hubiese matado á Eugenio Rivas, alias el "Negruzo", por amores de la señá Remigia, mujer de este último y dueña de un baratillo muy humilde en la calle de Toledo.

Y hé aquí que toda la combinación se venía á tierra, y á la poesía del crimen pasional, ardiente, típico, substituía la prosa de un vulgar asesinato.

—Entendámonos—murmuró haciendo con la mano derecha la señal que siempre expresa "poco á poco".—Usted no tenía nada con la Remigia; la Remigia... no le seducía á usted. Bueno. Y entonces, amigo Juan, ¿cómo me explica usted el hecho de autos? ¿Por qué mató usted al "Negruzo"? ¿Había mediado entre ustedes alguna cuestión?

—Nó, señor. Cuestión, ninguna. Al contrario: en el taller nos llevábamos perfectamente. Aquella mañana, la del día en que pasó el "disgusto", estuvimos echando unas copas en la taberna del "Pelele", y me las pagó por cierto él.

—¿Estaban ustedes, ó uno de ustedes, embriagados cuando ocurrió el hecho?

—Tampoco, tampoco. Yo nunca lo he tenido por costumbre, y "Negruzo", que la cogía á menudo, entonces no la cogió, porque total fueron dos copillas, y de

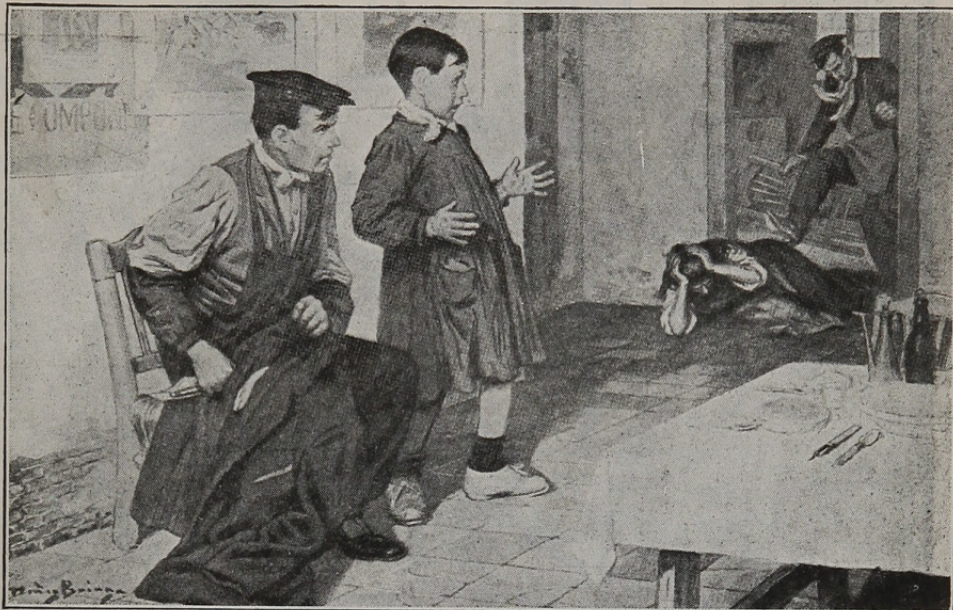
mañana, y la cosa pasó al retirarnos.

—Siendo así, ¿cómo se comprende?...

—Fué de esas cosas... vamos de esas cosas que hace un hombre... sin saber muchas veces ni por qué las hace. Verá usted... Yo tomé posada en ca el "Negruzo" porque él se empeñó, diciéndome que estaría muy bien y muy bien. Tocante al hospedaje, no tengo nada que decir: su buen cocido, su

buena cena, la cama aseá, y todo según corresponde. Pero á mí me llevaba el demonio viendo el trato que le daba aquel tío á su mujer delante de mí. Que la matase allá en su alcoba, malo será, pero nadie

su hombre... Pues ahí está lo que me sacó de mis casillas. Ver que no había motivo, ¿pero qué motivo? ni como el que dice tanto así de la sombra de pretexto. Que si la sopa de fideos era un engrudo... que si los



tie que meterse; para eso era su señora. En mi cara era cosa de avergonzarme. Estar un hombre presenciando que á una mujer la hacen tajás y dejarlo... vamos, que se le quema á uno la sangre. Yo en jamás les levanté la mano ni á mi madre ni á mis hermanas cuando vivía con ellas. Es una mala vergüenza para un hombre el acudir á las hembras, y más si son como la Remigia, que se cae de puro honrá. Así se lo dije al "Negruzo" muchísimas veces, y si hubiese quedao con vida él no lo negaría, que por amonestao no quedó. ¿Sabe usted, don Jacinto, lo que me contestaba el fresco? Que la Remigia era tan fea, que le chocaba que la saliesen defensores. "¿Para qué se quieren las feas y más flacas esmirriás en el mundo?", era lo que decía. Y yo le replicaba: "Pues mira, cuando atices la leña á la Remigia procura que no esté yo elante, porque un día me atufó y hago una barbaridá", y se reía, se reía á carcajadas: "Anda, que le ha salío un galán á la Remigia". Y usted dirá—prosiguió el asesino—que siendo la Remigia tan buena no se averigua por qué la pegaba

garbanzos estaban duros... que si los chicos lloraban... que si faltaba un botón á la blusa... Todo mentira las más veces... y un deseuído lo tiene cualquiera, me se figura. En fin, que el día de la cosa... de la desgracia... porque en medio de todo desgracia fué... pues el "Negruzo" entró en su casa de mal talante, y sin reparar que estaba yo allí, y también el mayor de los niños, una criatura de ocho años, la tomó con la Remigia, y por primera providencia la pegó dos puñetazos en el pecho. Y como ella se echó á llorar, la dió una patá en una pierna que la tiró al suelo, y ya en el suelo alzó una silla para darla Dios sabe dónde... Y entonces, un servidor... na... el demonio... Me lo hubiese comido, vamos; le dí tantas, sin saber lo que estaba haciendo, que me contaron después que hasta le "seccioné" una oreja y tres dedos de la mano... No, por avisado no fué; que se lo advertí veces. ¡Y no hubo más!... ¡Ah! Sí. El chico pequeño, cuando ya me harté de dar, vino á mirar á su padre, que ya no se movía, y me dijo muy calladito: "¡Bien hecho!"

LA CONDESA DE PARDO BAZAN



DON EDUARDO.—Señores: un telegrama que vá á acrecentar mi fama! Pues, compañeros, vislumbro con limpia clarovidencia que en él se me ofrece el trono de la Vice-Presidencia.

ERTA EN FLOR



Todos.—¡Soberbio! ¡Vamos a ver!
Más, ¿qué le pasa al premier?
DON EDUARDO.—Me pasa una cosa rara,
y he sufrido este congojo,
porque dice el telegrama
que no es nada lo del ojo.

ILOTAS

A Darío Risopatron Barros

Infeliz vagabunda, de guñapos vestida,
la Miseria le arrastra; sigue su largo enjam-
[bre];
en su boca marchita, sin perfume y sin vida,
hay una mueca horrible: la del dolor y el
[hambre].

Fué su niñez de ensueños una fuente serena;
hoy su linfa es impura; está su fondo turbio...
Nívea flor de hermosura, perfumada azucena,
abrió su cáliz áureo en el triste suburbio.

Tímida flor del valle, humilde sensitiva,
no tuvo más aroma que su virgínea infancia,
y una ráfaga ardiente, con su fiebre lasciva,
envenenó aquel broche de mística fragancia.

Infeliz vagabunda, de guñapos vestida,
sigue de la Miseria la caravana eterna.
En su faz macerada, triste y descolorida,
imprimió su ignominia el hambre y la taberna.

En su abatida frente que se doblega mustia
y en su obscura pupila hay una angustia
[extraña];

es que vaga ya tiempo con su mortal angustia,
sin hallar un mendrugo ni una pobre cabaña.

La vida con sus dones y su alegría nunca
la brindó una esperanza, una sonrisa, nada...
Abrió su broche al viento; cayó del tallo
[trunca];
á nadie amó la triste ni fué por nadie amada!

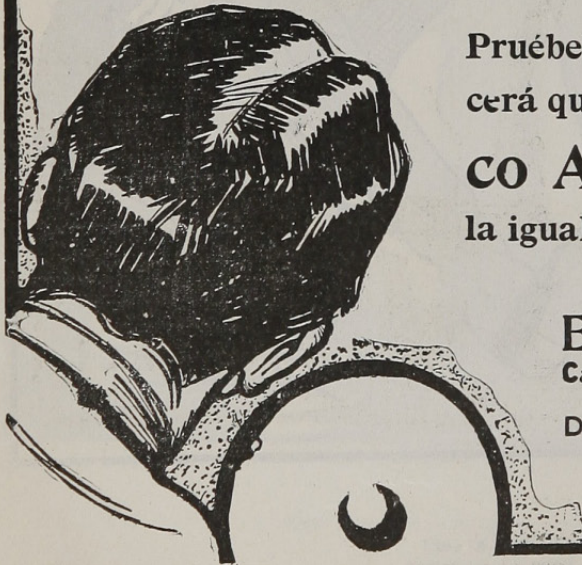
A la luz del crepúsculo doliente y moribunda,
cuando dice sus preces melancólica esquila,
envuelta en sus guñapos la infeliz vagabunda
clava en Dios, suplicante, la llorosa pupila.

Su vida de martirio, su oprobio, su amar-
[gura],
en ese instante brillan en un nimbo de luz,
como brilló la pena con suave lumbre pura
en los ojos de Cristo al morir en la Cruz.

.....
¡Oh, Dios! si eres Justicia, si no eres un
[Dios falso],
proteje á esos ilotas que en la amargura jimen;
el hambre y la miseria los empuja al cadalso;
líbralos tú del hambre, líbralos tú del crimen!

ALBERTO MAURET C.

QUINA EISELE



Pruébela Ud. y se conven-
cerá que no hay **Toni-**
co Aperitivo que
la iguale.

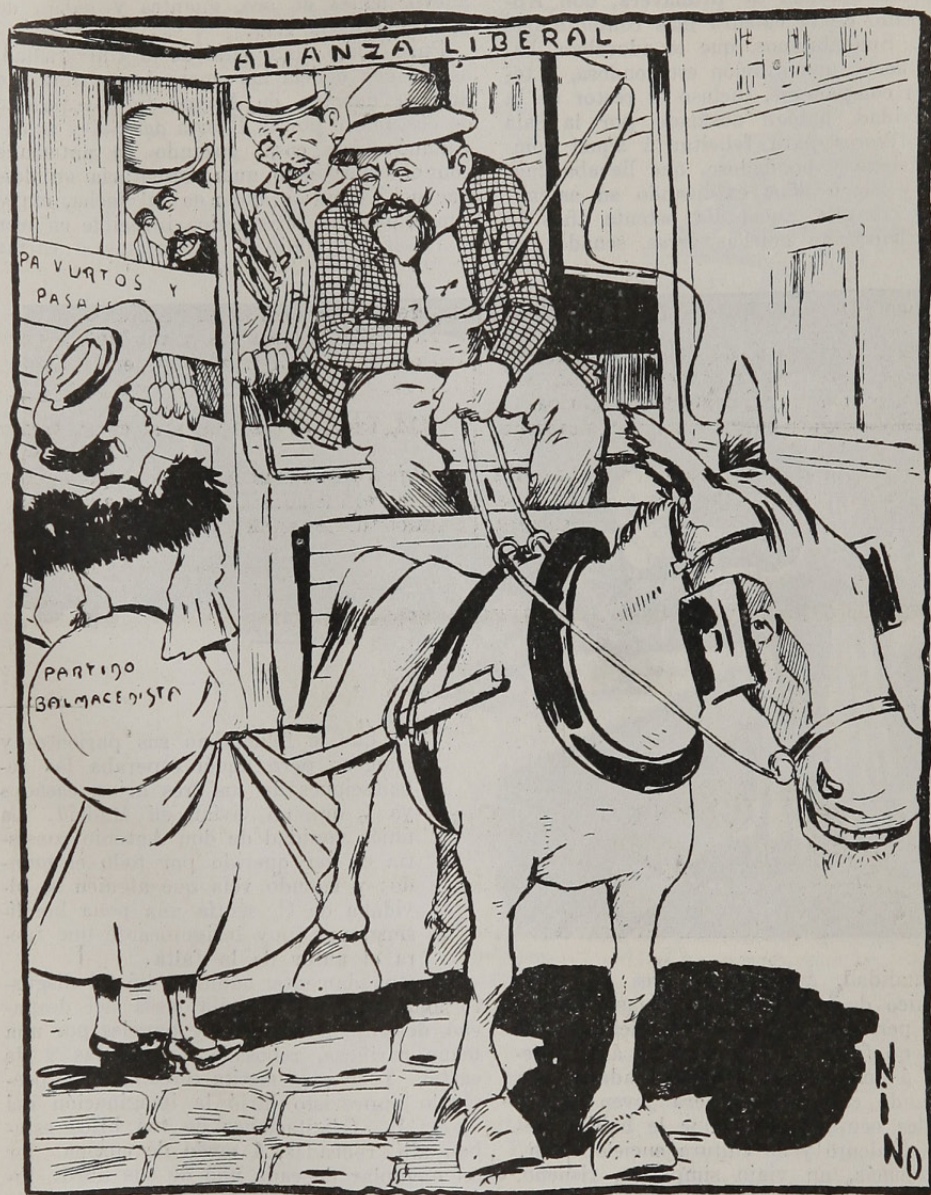
Ernesto T. Eisele
Casilla 345, VALPARAISO

Depósito:

SALVADOR DONOSO num. 2
Telefono Ingles numero 984

AGENTE EN SANTIAGO AUGUSTO BIANCHINI L.
HUERFANOS 825, (Entre Estado y San Antonio)

CROQUIS DE ACTUALIDAD



Los de adentro.—¿Entonces usted no vá con nosotros?

Ella.—Nó, señores, prefiero andar sola que no mal acompañada.

—Bien ¡ingratonaza! quédate á medio camino y ojalá te salga por allá una cuadrilla de perros bravos que te deje sin pantorrillas.

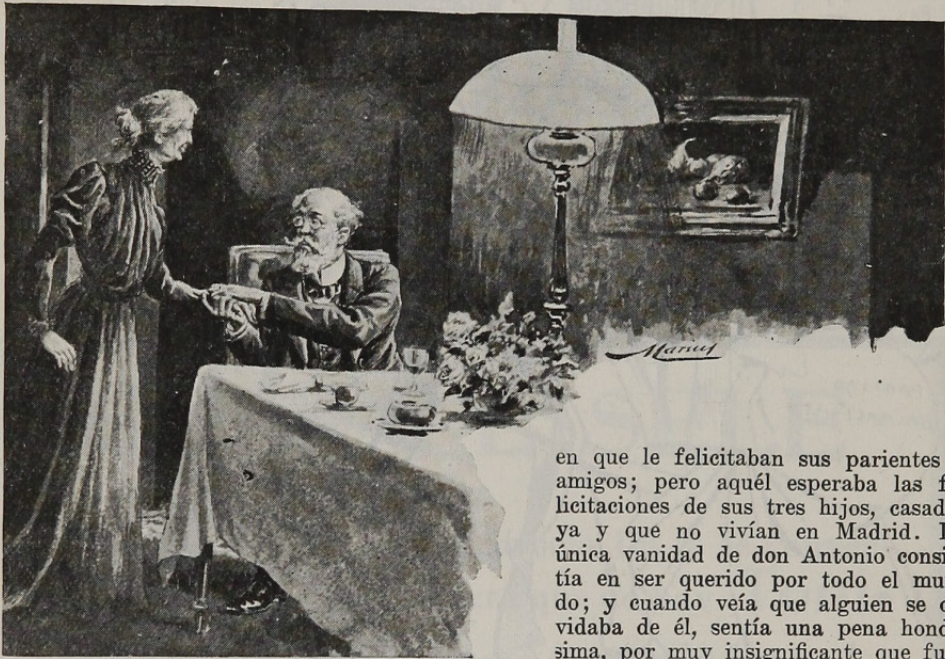
LA DECLARACION

I

Aquella mañana de primavera, don Antonio salió de la cátedra más contento que nunca. Sus alumnos, que le adoraban, habíanle hecho una ovación estruendosa, y todos los compañeros, incluso el rector de la Universidad, habían desfilado por la sala de profesores para felicitar á aquel hombre, insigne y bondadoso, que llevaba cuarenta y cinco años explicando su asignatura y cumplía, aquel día, setenta años de edad. Diputado muchas veces, senador en

y la chistera formaban la parte principal de su indumentaria, completada con calzado nuevo, lentes de oro, guantes y gabán de pieles, si hacía frío.

Pues, como digo, salió de la Universidad, aspiró con delicia las emanaciones tibias de aquella mañana de Mayo, dió su paseito de costumbre por la Puerta del Sol y se encaminó á su casa, gozando de antemano con el espectáculo que presentaría su despacho. Todos los años, en tal fecha, experimentaba una satisfacción indecible en leer y releer la infinidad de tarjetas y cartas



la actualidad, ministro en tres ocasiones, académico de todas las academias, director de un periódico de gran circulación, tenía á gala no faltar un día siquiera á su cátedra; y á pesar de su edad avanzada, seguía trabajando como cuando era joven en las múltiples ocupaciones á que le habían llevado su talento y su cultura enciclopédica. Era, además, un viejo simpático, risueño, afable, que á todos trataba con amabilidad suma. Muy limpio siempre, ponía toda su coquetería en el cuidado de su barba blanca y en el vestir irreprochable. En esto, como él decía, era un reaccionario de tomo y lomo; jamás había transigido con la moda del hongo y de la americana. A cualquier hora del día ó de la noche, la levita

en que le felicitaban sus parientes y amigos; pero aquél esperaba las felicitaciones de sus tres hijos, casados ya y que no vivían en Madrid. La única vanidad de don Antonio consistía en ser querido por todo el mundo; y cuando veía que alguien se olvidaba de él, sentía una pena hondísima, por muy insignificante que fuera el autor de la falta.

Afortunadamente, nadie le dió tal disgusto aquel día. La amplia mesa del despacho, desalojada de libros y papeles por una mano cariñosa, rebosaba de tarjetas y de cartas. Y en otra mesita cercana, un espectáculo imprevisto hirió la imaginación del viejo: las felicitaciones de sus hijos estaban allí, rodeadas, á modo de corona, por un ejemplar de cada uno de sus libros, lujosamente encuadernado. Era un presente delicadísimo de doña Clara, la cuñada de don Antonio, á quien él, en broma, llamaba "la solterona" y que había vivido con el matrimonio desde el día de la boda, sin querer casarse nunca. Al presente, su hermana había muerto, y ella permanecía con el viudo, vigilando á la servidumbre para

que nada le faltara y haciendo un culto del menor de sus caprichos.

II

Después de comer, los dos viejos prolongaron la sobremesa algo más que de costumbre. La comida había sido suculenta y deliciosa, y ahora, terminados los postres, el café se hacía en la vieja maquinilla, exhalando un aroma exquisito. Don Antonio miró á aquella que le había sacrificado toda su existencia, y viendo sus cabellos blancos, su rostro todavía agradable y su mirada de cariño infinito, sintió un enterneamiento casi religioso y la tomó una mano en silencio....

—¡Qué buena eres, Clara, qué buena eres! —pronunció al fin, con las lágrimas en los ojos y un temblor de emoción en sus palabras.—Y ¡qué buena has sido siempre! Mucho tiempo hace que te lo quería decir, pero nunca he visto las cosas con la claridad de este momento... Te debo la felicidad de mi vida... La pobre Rafaela, tu hermana, fué indudablemente un modelo de esposas, pero nunca me comprendió... Nunca supo darme esas pequeñas satisfacciones de vanidad que son tan necesarias para los que vivimos del trabajo intelectual... Siempre miró mis obras y mis triunfos desde el punto de vista práctico... Y eras tú, Clara de mi alma, la que leía mis cosas, la que mantenía el fuego sagrado de mis ideales, la que me animaba en mis sinsabores, la que quemaba ante mí el incienso del hogar... Ella fué mi mujer; pero tú has sido mi compañera. Gracias á tí he sido un buen marido y un buen padre...

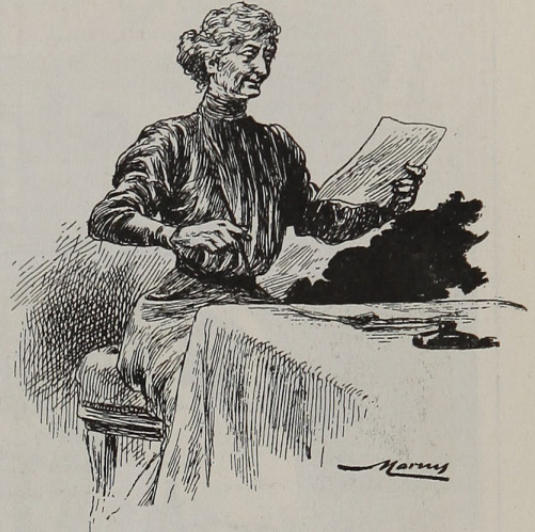
La viejecita oía silenciosamente, mirando á su cuñado como á un dios y llorando de felicidad. Experimentaba una sensación inefable, extraterrenal... La parecía estar flotando en la región de las nubes, entre rayos de luna, al lado de las estrellas... Pero don Antonio continuaba hablando:

—¡Sí, Clara de mi vida, hace mucho tiempo que deseaba expresarte el agradecimiento infinito que mi alma guarda para tí... Has sacrificado tu existencia por mí y por Rafaela... Comprendiste que eras necesaria para nuestra dicha... Y lo que siento es no poder corresponder á tu abnegación de una manera adecuada. Un casamiento, á nuestra edad, sería ridículo... Pero quiero decirte que, si fuéramos más jóvenes, te suplicaría me aceptases por marido...

III

Toda la tarde estuvo doña Clara nerviosa é intranquila. Las numerosas visitas que acudieron á felicitar á su cuñado, notaron

en la anciana menos amabilidad que de ordinario y un desasosiego singular. Parecía querer que la dejaran sola; y así era, en efecto. Cuando, al fin, pudo encerrarse en su cuarto, sacó una perfumada cajita del fondo de un baúl y extrajo de ella unos pa-



peles amarillentos y venerables, cubiertos de pequeñas letras cuya tinta había tomado un matiz rojizo, de óxido de hierro... Eran unas memorias íntimas que había comenzado á escribir cuando tenía veinte años. Comprendían un período de cinco meses y después se interrumpían bruscamente, como si también se hubiera interrumpido la vida de su gentil autora. Su estilo era ingenuo, adorable, infantil:

“Hoy he visto á Antonio en casa de las de Ansúrez—decía una hoja.—Me ha mirado mucho. Hemos hablado un rato. Mamá me ha regañado porque dice que parece me le quiero comer con los ojos...”

“Hoy ha pasado por la acera de enfrente—ponía un poco más abajo;—¡qué guapísimo es y qué tipo tan elegante tiene!”

Luego se ensalzaba su talento, su manera de vestir, lo bien que hablaba y escribía, su modo de saludar... Pero en la última hoja, manchada de lágrimas, había unas líneas harto significativas:

“Comienzo á creer que Antonio no me quiere. Me mira mucho, está muy galante conmigo, pero no se declara... ¿Se declarará al fin?—Madrid, 15 de Octubre de 1852”.

Y fué detrás de estos renglones donde la anciana, con mano temblorosa, pero con satisfacción indecible, escribió lo siguiente:

“Al fin se ha declarado.—Madrid, 10 de Mayo de 1899”.

EL DESINFECTORIO PUBLICO



En medio de las epidemias reinantes, es consolador saber que tenemos un Desinfectorio á la altura de los mejores establecimientos europeos de este género. También consuela la noticia de que ya la gente empieza á desinfectarse y á comprender que los microbios no son individuos que merecen confianza.

DIALOGO

Para mi querido amigo Waldo Urzúa

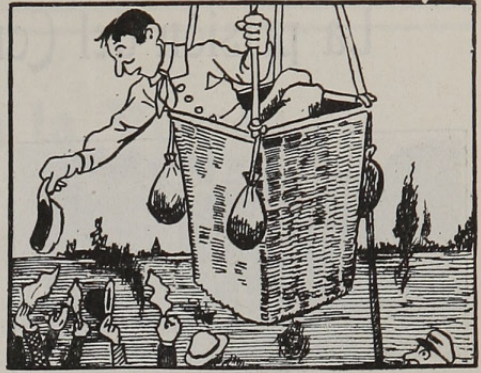
—La vida me mata á pausa
y es un tormento sin tregua—
—Bah, se conoce á la legua
que una mujer es la causa.
—Sí, que lo es! Por doquier
que vaya, allí me persigue
su sombra y siempre me sigue
su recuerdo. ¡Qué mujer!
Pensando en ella no como
ni fumo ni bebo en calma;
y su visión pesa en mi alma
como una plancha de plomo.
Me echo en la cama temblando.
Y es imposible, no duermo,
¡Ay! mi amigo, estoy enfermo,

mejor dicho, agonizando.
A fuerza de pensar en ella
me siento momia ó difunto.
—Endiablado es vuestro asunto;
más, dime, ¿quién es la bella
que tantos males te agosta?
¿No corresponde á tu amor?...
—Que dices, salvaje, ¡horror!
De pensarlo se me corta
el resuello de terror!
La mujer que así me abrasa,
con la que á nada me atrevo,
es la dueño á quien le debo
tres meses justos de casa!

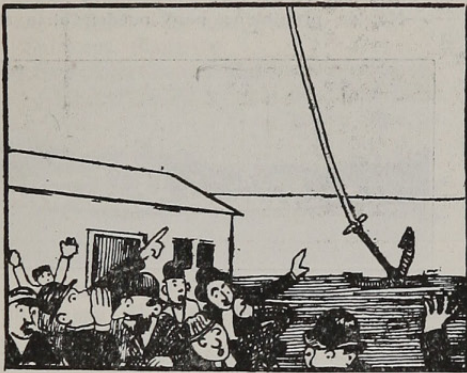
AVENTURAS DE DOMINGUITO



1. Apasionado por la navegación aérea, Dominguito inicia sus ascensiones pilotando un bonito globo.



2. Su partida á las regiones etéreas fué saludada con entusiasmo loco.



3. Pero, como primerizo en globos, dejó colgando el ancla.



4. La cual fué luego á engancharse en la rueda de un carro con naranjas dulces.

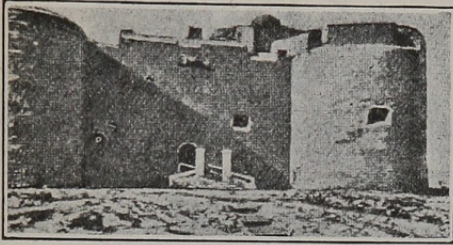


5. Alzándolo en el aire con caballos y todo, como si fuera un sombrero de señora.



6. Dominguito vió amargado su primer triunfo aerostático, porque tuvo que pagarle hasta los sustos al naranjero.

La prisión del Conde de Monte-Cristo



Entrada al castillo

LA isla de If forma parte del grupo de las islas Frioul, situadas fuera de la bahía de Marsella. La blancura de estas islas hace contraste con el azul profundo del Mediterráneo, y cuando el sol se pone ilumina las rocas y produce un efecto lleno de armonía, belleza y poesía.

La más grande de las islas es la de If, que Dumas hizo famosa con su "Conde de Monte-Cristo".

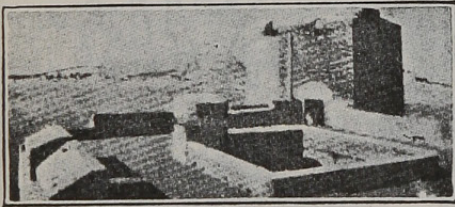
Su castillo fué construído por Francisco I, y sirvió durante muchos años como prisión del Estado, habiendo sido una de sus víctimas el conde de Mirabeau, que estuvo confinado dentro de sus téticas murallas.

En la punta de la bahía de Marsella se ve el lugar donde existió la población de Catalanes, de la cual surgieron dos de sus principales protagonistas, Mercedes y Fernando.

¿Quién que haya leído la fantástica y grandiosa novela de Dumas no sentirá latir su corazón al recorrer aquella isla y visitar su castillo?

En verdad, parece revivir y tomar forma el intenso drama que nos cuenta la inmortal obra del célebre novelista francés.

Se habla con insistencia de la venta en su-



Murallas almenadas del castillo

basta pública del famoso castillo, y es de actualidad reproducir algunas vistas de su aspecto exterior.

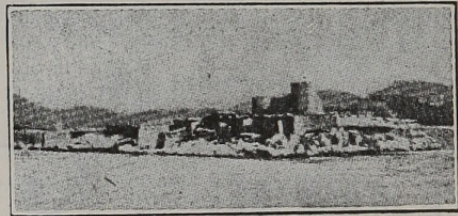
Se cuenta que una vez que Dumas, padre, fué á visitar la fortaleza, mientras recorría la prisión, no se olvidó de preguntar al carcelero cuál era el calabozo donde había estado preso el célebre amante de Mercedes, y éste, en su inocencia, confundiendo la historia con el romance, llevó al gran novelista al verdadero calabozo donde Dantés excavó el pasadizo de comunicación con la celda del abad.

Otra anécdota, menos familiar, refiere que preguntándole algunos visitantes al carcelero si todavía había algunos prisioneros en el castillo, les contestó:

—Uno solamente.

—¿Lo podremos ver?

—No, es prohibido; pero pueden oírlo con-



El castillo de If

versar; y los llevó delante de la puerta cerrada de una celda.

—¡Hé! señor Esteban, ¿cómo está?—le gritó desde afuera.

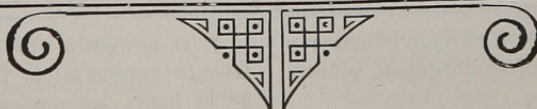
—Bien, gracias, señor Grasson.

—¿Puedo hacer algo por usted? ¿Precisa alguna cosa?

—Gracias, señor Grasson, no lo creo, pero, sin embargo, si tiene un poco de tabaco en su bolsillo, me vendrá bien.

—¡Ah! ; casualmente, nó! Los tiempos están malos; el Gobierno es demasiado económico y nos paga muy mal, de manera que no podemos darnos el lujo de fumar.

El carcelero era ventrílocuo, y esta pequeña estratagema, que ponía en práctica siempre que podía, rara vez le salía mal, pues conseguía proveer su bolsillo de algún dinero, que, naturalmente, era para costearse su tabaco.



Una carta á la Virgen

LA escena representa un muelle de París, y adosada á uno de sus muros, una mesa de las que usan los memorialistas. Delante de la mesa está sentado *papá Bouin*, veterano de bigote gris, de uniforme ya raído y con la pipa entre los dientes.

Juanito es un niño de seis años ó poco más, sin otro abrigo en la cabeza que el de sus bucles rubios y abundantes; lleva una blusilla rota, unos calzones remendados y zapatos bastante deteriorados.

Juanito se acerca á *papá Bouin*.

JUANITO.—Buenos días... Quisiera que me escribiese una carta.

PAPA BOUIN.—Es una peseta.

—Entonces, dispense.

—¿Eres hijo de militar?

—Nó, soy hijo de mamá, que vive sola.

—Vamos... dí... ¿Y no tienes una peseta?

—¡Oh, nó! ni siquiera cinco céntimos.

—¿Y tampoco tu madre, no es eso? ¿Y será una carta para poder hacer unas sopas, verdad?

—Justamente.

—Acérate. Por diez líneas más ó menos y un pliego de papel, no voy á ser más rico ni más pobre.

Juanito obedece. *Papá Bouin* prepara el papel, moja la pluma y se dispone á escribir.

PAPA BOUIN.—“Al señor...” ¿Cómo se llama, pequeño?

JUANITO.—¿Quién?

—¡Toma, pues el señor!

—¿Qué señor?

—El que te va á socorrer para que puedas comer sopa.

—No es un señor.

—¡Ah, vamos, es una señora!

—Sí... nó... es decir...

—¡Caracoles! ¡Ni siquiera sabes á quien vas á escribir!

—Ya lo creo.

—Pues entonces dílo, y pronto.

—Pues, á la Santísima Virgen.

Papá Bouin deja la pluma, se saca la pipa de la boca, y con voz de trueno, exclama:

—¡Supongo, mocosito, que no tienes intención de burlarte de un viejo... Eres demasiado pequeño para que te dé un meneo... ¡Media vuelta á la izquierda y largo de aquí!...

Juanito obedece, pero *papá Bouin* se arrepiente de su movimiento de mal humor y le mira atentamente.

—¡Rayos y centellas!... La verdad es que hay mucha miseria en este país... ¡Eh! tú. ¿Cómo te llamas, niño?

—Juan.

—¿Juan qué?

—Nada más que Juan.

—¿Y qué es lo que quieres decir á la Santísima Virgen? Vamos á ver.

—Que mamá duerme desde ayer tarde á las cuatro, y que la despierte si no la molesta, porque á mí me es imposible.

—¿Y qué me decías sobre una sopa antes?

—Pues que hace falta en casa... Antes de dormirse me dió mamá el último pedazo de pan que quedaba.

—¿Y ella no comió nada?

—Hacía dos días que decía: “No tengo hambre”.

—¿Qué has hecho para despertarla?

—La he besado como de costumbre.

—¿Respiraba?

Juanito sonríe.

—No sé... ¿Acaso no se respira siempre?

Papá Bouin vuelve la cabeza y dice con acento ligeramente tembloroso:

—¿No notaste nada al besarla?

—Sí... estaba muy fría... ¡Hace tanto frío en casa!

—Tiritaba, ¿verdad?

—¡Oh, no! ¡Estaba tan hermosa! ¡Tenía las dos manos, que no se movían, cruzadas sobre el pecho y muy blancas... Su cabeza estaba tan caída sobre la almohada, que parecía mirar al cielo por entre sus ojos á medio cerr!

Papá Bouin aparte:

—Y he tenido envidia de los ricos, yo que como y bebo cuando me place... y esta mujer ha muerto de hambre... ¡sí, de hambre!...

Llama al niño, lo sienta sobre sus rodillas y le dice con dulzura:

—Pequeño, tu carta está escrita, enviada y recibida... Llévame á tu casa, quiero ver á tu madre...

—Con mucho gusto; pero, ¿por qué lloras?

—No lloro!... ¿Acaso lloran los hombres?... ¡Tú si que vas á llorar, pobrecito

mío!... También yo tenía una madre... hace tiempo, claro está... pero me parece que la veo en su cama y diciéndome antes de emprender su último viaje.... "Bouin, sé buen cristiano y un hombre honrado". Mira, la Virgen colgada á la cabecera de su cama, una estampa de diez céntimos no más, que me sonreía de niño y á la cual yo quería tanto, me sonríe hoy de nuevo.... Porque honrado sí que lo he sido; pero buen cristiano... eso.

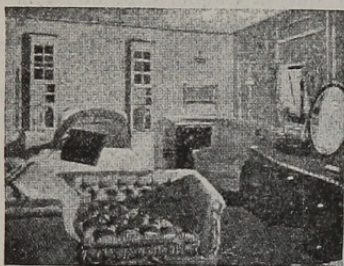
Se levanta, toma al niño en brazos, lo es-

trecha contra su corazón, y, como si hablase con alguien invisible, murmura:

—Ya... madre... ya estarás contenta... Los amigos se burlarán tal vez; pero no importa... Donde tú estás he de ir yo también y conmigo el pequeño, pobre angelito, del cual ya no me quiero separar... porque su famosa carta, que ni siquiera llegó á escribirse, ha obtenido, sin embargo, doble resultado... á él le ha dado un padre; á mí me ha devuelto el corazón.

PAUL FEVAL

Como viajan los Reyes



Cámara de Eduardo VII en el "Victoria and Albert"



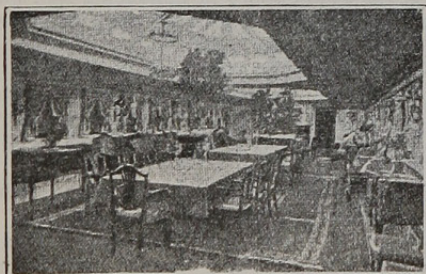
La campana de plata del yatch real



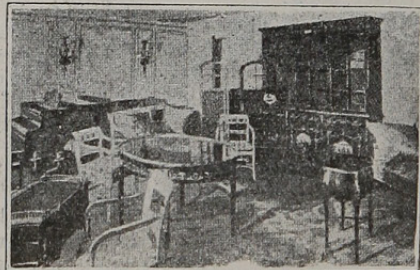
Cámara de la reina Alejandra

A propósito del viaje de los reyes de Inglaterra á Marsella, donde fueron aclamados por el democrático pueblo francés, reproducimos en este número algunos grabados que dan una idea del confort de que gozan los monarcas en sus peregrinaciones de etiqueta, y que servirán para que se repita una vez más las declamaciones

contra el derroche á que están habituados los que ciñen la corona á sus sienas. Estas fotografías se refieren á los departamentos de los reyes á bordo del yate real "Victoria and Albert", que es el que usan aquéllos para todas sus travesías.



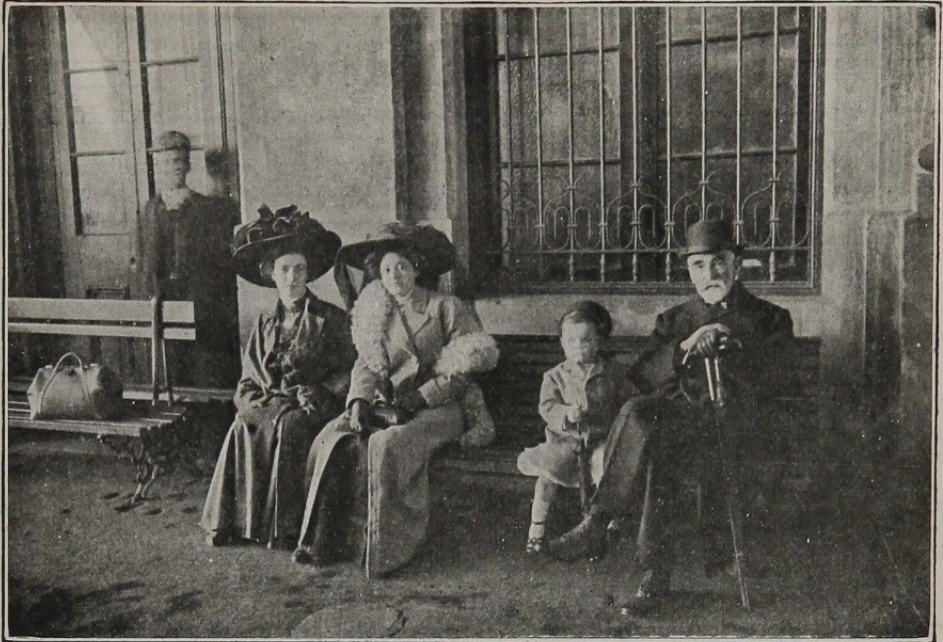
El comedor



Salón de los soberanos



ANTES DE LA PARTIDA



El Excmo. señor Hicks, ministro de los Estados Unidos, con su familia, en la Estación Central de los F. C. un momento antes de su partida

CELEBRANDO UN ANIVERSARIO



La sociedad filarmónica de obreros celebró el Domingo último el 35° aniversario de su fundación con una interesante reunión



MISCELANEA

La risa de las naciones

La risa parece que varía según la nacionalidad. El alemán se ríe de un modo sonoro y sin ton ni son. La risa inglesa es fría, sin sensibilidad; el inglés ríe como si lo hiciera por condescender, y las personas de esfera elevada no se ríen nada absolutamente.

La risa del austriaco es ligera, elegante y contagiosa. Las muchachas vienesas se ríen con frecuencia, acaso por lucir sus preciosas dentaduras. Las belgas se ríen mucho con la risa de la franqueza y de la bondad.

La risa yanqui es dominante y suena como un repique. Las jóvenes de los Estados Unidos ríen como las personas que han bebido buen vino.

De algunos años á esta parte se ríe menos en Francia, tal vez á consecuencia del gran consumo de aguas minerales, del snobismo y del deterioro de las dentaduras.

El que se ha entretenido en hacer las observaciones que dejamos apuntadas, añade que Bruselas es la ciudad que más ríe, Madrid la que ríe menos y París la que ríe mejor.



Para qué sirve el bazo

Hasta hace poco ha venido siendo para los fisiólogos un asunto más ó menos misterioso la función del bazo. La muerte no se produce si se extrae, y hasta parece que el organismo se encuentra perfectamente sin él.

Ahora asegura un investigador alemán, el doctor Hans Grossenbacher, que el bazo es un depósito de hierro. Dicha víscera acumula y conserva todo cuanto de este metal y de sus compuestos se introduce en el cuerpo con el alimento, y los gasta según va necesiéndolos el organismo. La conclusión establecida por el doctor alemán está basada en el hecho de que los perros segregan casi el doble de hierro cuando se les extrae el bazo que en condiciones normales.



Fuegos artificiales que hablan

En la Academia de Ciencias, de París, se ha leído una comunicación según la cual de ahora en adelante los fuegos artificiales no sólo servirán para recrear la vista sino también para lanzar gritos patrióticos.

Los inventores del sistema dicen que, después de tres años de trabajos, han encontrado el medio de combinar diferentes explosivos para que emitan vocales y consonantes, y hoy pueden hacer unos cartuchos de alarma para los trenes que, al explotar, dan claramente el grito de "¡Alto!".

Para celebrar la patriótica fiesta del 14 de Julio en Francia, han hecho una combinación pirotécnica que al quemarse grita: "¡Viva la república!"



Para pelar las aves fácilmente

Si antes de pelarlas se echan, durante uno ó dos minutos, en un barreño de agua hirviendo en la que se haya disuelto un terrón de sosa del tamaño de una nuez, se podrán arrancar las plumas con toda facilidad por viejas que sean las aves, y además se pondrá la carne blanca y tierna.



Para limpiar botellas y tarros de boca estrecha

Como los de mermelada y los biberones, se les echa agua y arroz crudo y se agita fuertemente. Los resultados son sorprendentes. Algunas personas usan perdigones, pero el arroz es mucho mejor, porque además de limpiar lo pulimenta.



Diversos

El mayor propietario del mundo es el actual emperador de Rusia. Los terrenos que le pertenecen personalmente tienen una extensión mayor que la Francia entera.



El acordeón de madera es uno de los instrumentos de música más antiguos que se conocen. Aún hoy día se le encuentra con su forma primitiva en casi toda el Africa y en no pocas regiones del Asia y de la Oceanía.



Lo que hace emigrar á las aves cuando llega el invierno no parece ser el frío, sino la duración del día. Los días de invierno son demasiado cortos para que tengan tiempo de cazar lo necesario para su sustento.

LA CARA LIMPIA

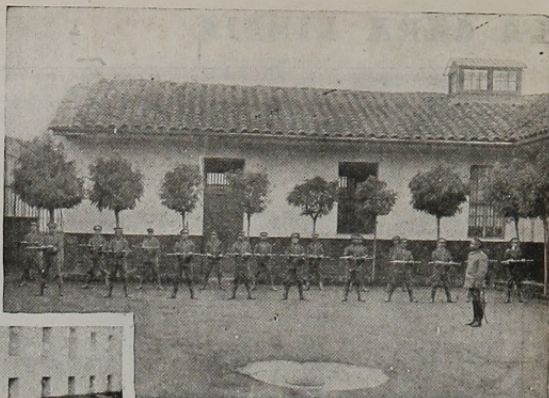


La activa labor emprendida por la Intendencia en orden al aseo y la higiene de la población nos ofrece estos risueños espectáculos. La basura y el lodo se extrae concienzudamente del centro de la población...

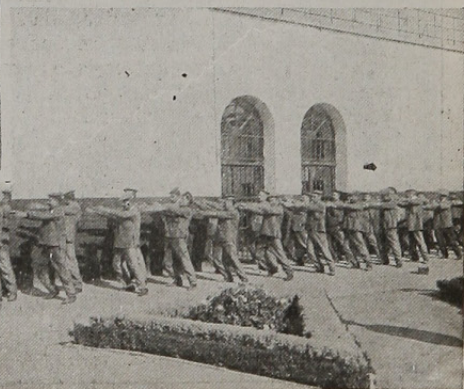
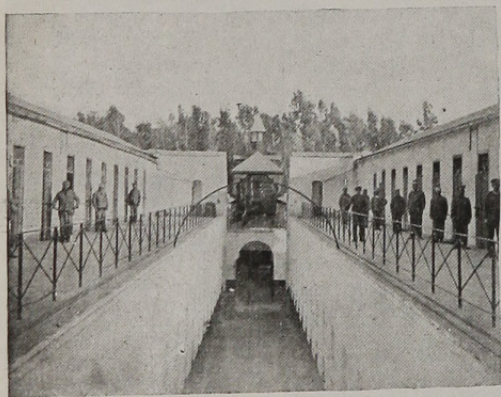
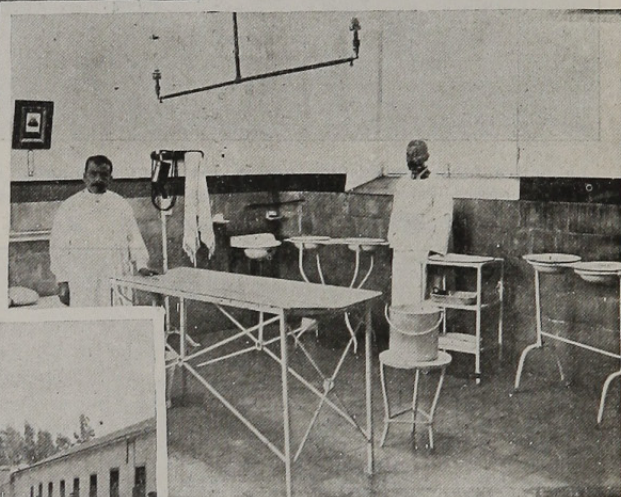


Para ir á dejarla en el lecho del Mapocho, donde unas santas señoras y algunos perros la benefician á fin de extraerle lo que aún queda útil. De esta manera el contagio de la epidemia dá vueltas en un círculo vicioso.

En la Penitenciaría



Vistas diversas tomadas en la Penitenciaría.—Las celdas; los pabellones; reos haciendo gimnasia y otros asuntos interesantes que no deseamos experimentar personalmente.



El Escarabajo de Oro

Eran las tres de la tarde, poco más ó menos, y Legrand nos esperaba con viva impaciencia; estrechóme la mano con cierta agitación nerviosa que me alarmó, y esto fué suficiente para que me confirmara en mis nacientes sospechas. Estaba pálido como un espectro, y en sus ojos, naturalmente muy hundidos, noté un brillo extraordinario. Después de informarme acerca de su salud, preguntéle, no hallando otra cosa mejor que decir, si el teniente G... le había devuelto al fin su escarabajo.

—¡Sí, sí!—replicó sonrojándose;—le recogí á la mañana siguiente, pues por nada del mundo me separaría del insecto. ¿Sabe usted que Júpiter tiene razón?

—¿De qué?—pregunté con un triste presentimiento en el corazón.

—Suponiendo que es un escarabajo de verdadero oro.

Legrand dijo esto con una seriedad que me afligió mucho.

—Ese escarabajo—continuó mi amigo con sonrisa de triunfo, está destinado á ser el origen de mi fortuna, y á reintegrarme de mis posesiones de familia. ¿Se ha de extrañar, pues, que le estime en tan alto precio? Puesto que la Fortuna ha tenido á bien concedérmelo, debo utilizarle convenientemente, y llegaré hasta el oro de que es indicio. Júpiter, tráemele.

—¿Qué? ¿El escarabajo? Mejor quiero no tener nada que ver con él; ya sabrá cogérle con su propia mano.

Legrand se levantó con aire grave y majestuoso, y fué á buscar el insecto, que estaba depositado bajo un globo de cristal. Era un magnífico escarabajo, desconocido de los naturalistas en aquella época, y que debía ser de mucho valor bajo el punto de vista científico. Caracterizábase principalmente por tener en una de las extremidades del dorso dos manchitas negras y redondas, y en la otra una de forma prolongada; los elitros, en extremo duros y brillantes, parecían efectivamente de oro bruñido; el cuerpo era muy pesado, y á decir verdad, la opinión de Júpiter no dejaba de ser razonable. Lo extraño era que Legrand se aviniese con Júpiter sobre ese punto; no podía comprenderlo, y aunque se hubiese tratado de salvar mi existencia me habría sido imposible descifrar el enigma.

—Le he enviado á buscar—díjome con tono solemne cuando hube acabado de examinar el escarabajo—para pedirle consejo y auxilio á fin de llevar á cabo la empresa que mi suerte y ese insecto me deparan...

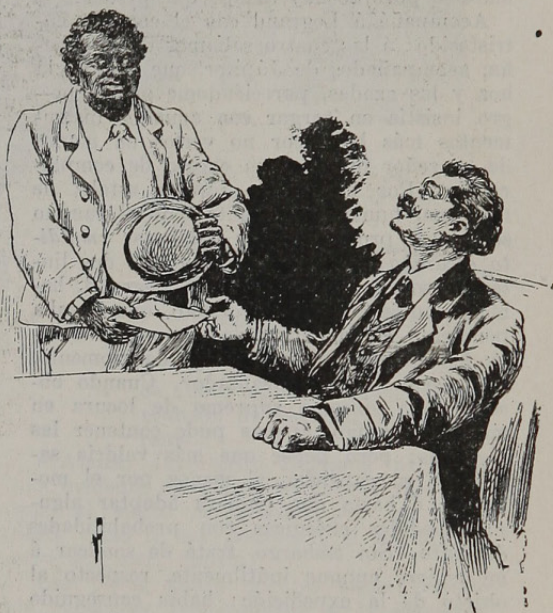
—Querido Legrand—repuse al punto in-

terrumpiéndole—seguramente no está usted bien, y le convendría mucho más adoptar algunas precauciones. Acuéstese ahora mismo, y yo permaneceré aquí algunos días hasta que se restablezca. Sin duda le aqueja la fiebre, y...

—Tome usted el pulso—replicó.

Hícelo así, y, á decir verdad, no reconoció el menor síntoma de fiebre.

—Pero podría usted estar enfermo sin tener calentura—repuse;—permítame sólo



por esta vez servirle de médico; ante todo, váyase á la cama, y después...

—Se engaña usted—interrumpió;—estoy tan bueno como podría esperarse, atendido mi estado de excitación; y si realmente quiere usted verme del todo restablecido, fácil le será aliviarme.

—¿Qué se ha de hacer para eso?

—Es muy fácil: Júpiter y yo vamos á emprender una expedición á las colinas, y necesitamos el auxilio de una persona de toda confianza. Usted es esa persona única, y ya fracase nuestra empresa ó bien alcance buen resultado, la excitación que en mí ve usted ahora desaparecerá.

—Deseo vivamente servirle en todo—repuse;—pero, ¿tendrá ese infernal escaraba-

jo algo que ver con nuestra expedición á las colinas?

—Ciertamente.

—Entonces, amigo Legrand, me es imposible cooperar en una empresa tan completamente absurda.

—Lo siento, lo siento mucho, porque será preciso arreglarnos solos.

—¡Solos!—exclamé.—¡Ah! ¡el desgraciado está loco! Pero, veamos: ¿cuánto tiempo durará su ausencia?

—Probablemente toda la noche; vamos á marchar al punto, y, sea como quiera, volveremos al salir al sol.

—¿Y me promete usted que una vez satisfecho su capricho respecto al asunto del escarabajo, volverá usted á casa y se someterá puntualmente á mis prescripciones cual si fuesen las de su médico?

—Sí, se lo prometo á usted; y ahora en marcha, pues no hay tiempo que perder.

Acompañé á Legrand con el corazón entristecido: á las cuatro salimos de la cabaña, acompañados de Júpiter, que llevaba la hoz y las azadas, pareciéndome que el negro insistía en cargar con aquellos instrumentos más bien por no verlos en manos de su señor que por un exceso de complacencia. Por lo demás, Júpiter estaba de muy mal humor, y durante todo el camino sólo le oí pronunciar las palabras: *¡maldito escarabajo!* Yo era portador de dos linternas sordas; y en cuanto á Legrand, habíase contentado con el insecto, que llevaba pendiente de la extremidad de un bramante, haciéndole dar vueltas á cada momento, con cierto aire de encantador. Cuando observe este síntoma supremo de locura en mi pobre amigo, apenas pude contener las lágrimas; pero pensé que más valdría satisfacer su capricho, al menos por el momento, ó hasta que pudiera adoptar algunas medidas enérgicas con probabilidades de éxito. Sin embargo, traté de sondear á mi amigo, aunque inútilmente, respecto al objeto de la expedición; había conseguido que le acompañara y parecía poco dispuesto á trabar conversaci6n sobre un asunto de tan poca importancia. A todas mis preguntas sólo contestaba: *ya lo veremos*.

Atravesamos en un bote la caleta que hay en la punta de la isla, y, franqueando los terrenos montañosos de la orilla opuesta, nos dirigimos hacia el noroeste, cruzando un país horriblemente salvaje y desolado, donde era imposible reconocer la menor huella humana. Legrand avanzaba resueltamente, deteniéndose sólo de vez en cuando para consultar ciertas indicaciones, hechas al parecer por él mismo algún tiempo antes.

Así anduvimos unas dos horas, y ya iba á ponerse el sol cuando penetramos en una regi6n mucho más siniestra que todo cuanto hasta entonces habíamos visto: era una

especie de meseta situada cerca de la cima de una montaña espantosamente escarpada, cubierta de bosque desde la base á la cumbre y llena de enormes peñascos esparcidos al acaso, muchos de los cuales se habrían precipitado sin duda en los valles inferiores á no ser por los árboles en que se apoyaban. Profundos barrancos, cortando el terreno en diversos sentidos, comunicaban al conjunto cierto carácter de lúgubre solemnidad.

La plataforma natural á que habíamos trepado estaba tan obstruída por las raíces, que al punto vimos que sin la hoz no hubiera sido posible abrirnos paso. Júpiter, obediendo á las órdenes de su amo, ocupóse en practicar una senda hasta el pie de un tulípero gigantesco que se elevaba, entre ocho ó diez encinas, en la plataforma; aventajaba á sus compañeros y á cuantos árboles había visto hasta entonces, no solo por la belleza de su forma y de su follaje, sino por el inmenso desarrollo de sus ramas, así como por su aspecto majestuoso. Cuando llegamos al pié de este árbol, Legrand se volvió hacia Júpiter y preguntóle si se creía capaz de trepar. El viejo negro pareció quedar aturdido al oír estas palabras, y pasaron algunos instantes sin que contestara; después acercóse al enorme tronco, dió la vuelta al rededor y examinóle con minuciosa atención. Terminado el reconocimiento, limitóse á contestar simplemente:

—Sí, massa; Jup no ha visto árbol ninguno á que no pueda trepar.

—¡Vamos, pues, sube, y pronto! Dentro de poco estará demasiado oscuro para ver lo que hacemos.

—¿Hasta dónde he de subir, massa?—preguntó Júpiter.

—Por ahora trepa al tronco; después te diré por dónde has de ir. ¡Ah! ¡espera un instante! Coge el escarabajo.

—¡El escarabajo, massa!—gritó el negro retrocediendo de espanto.—¿Para qué he de llevarle al árbol? ¡Así me condene si lo hago!

—Jup, si tienes miedo, tú que eres tan corpulento y robusto, si te atemoriza tocar un pequeño insecto muerto é inofensivo, llévale con este bramante; si no le tomas de un modo ú otro, me veré en la dura necesidad de abrirle la cabeza con este azad6n.

—¡Dios mío!—exclamó Júpiter. á quien la vergüenza hizo más complaciente;—siempre inquieta usted á su pobre negro. Lo que he dicho es una broma; á mí no me atemoriza nada el escarabajo, ni me da cuidado alguno.

Al decir esto, cogió con precauci6n la extremidad del bramante, y manteniendo el insecto tan lejos de su persona como las circunstancias lo permitían, dispúsose á trepar por el árbol.

El tulípero ó *Liriodendron Tulipiferum*, el árbol más magnífico que se encuentra en los bosques americanos, por lo menos en su juventud, tiene el tronco singularmente liso, y elébase con frecuencia á gran altura sin ramas laterales; pero cuando llega

—A tal elevación—replicó Júpiter— que puedo ver el cielo á través de la cima del árbol.

—No te ocupes ahora del cielo—repuso mi amigo—y fija la atención en lo que voy á decirte. Mira el tronco y cuenta las ra-



á su madurez, la corteza se hace rugosa y desigual, y de ella brotan pequeños rudimentos de ramas en gran número. Por eso la operación de escalarle era en aquel caso mucho menos difícil de lo que parecía. Júpiter, abarcando el enorme cilindro con brazos y rodilla, cogiéndose con las manos á varias ramas salientes, y apoyando los pies en otras, subió hasta la primera bifurcación, y entonces parecióle haber dado cima á su tarea. En efecto, lo más difícil estaba hecho ya, pues el buen Júpiter se hallaba á sesenta ó setenta pies del suelo.

—¿Por qué lado he de ir ahora, massa Guillermo?—preguntó.

—Sigue siempre la rama más gruesa, la de este lado—contestó Legrand.

El negro obedeció prontamente, y al parecer sin mucho trabajo; continuó subiendo más y más, hasta que al fin su cuerpo, recogido y agachado, desapareció en la espesura del follaje, quedando del todo invisible. Entonces oyóse su voz lejana que decía:

—¿He de subir más aún?

—¿A qué alturas estás?—preguntó Legrand.

mas que hay debajo de tí por esta parte. ¿Cuántas has pasado?

—Una, dos, tres, cuatro, cinco; por aquí he pasado cinco ramas gruesas, massa.

—Entonces, trepa á la siguiente.

—A los pocos minutos oyóse de nuevo su voz, anunciando que acababa de alcanzar la séptima rama.

—Ahora, Jup—gritó Legrand, presa de una evidente agitación—es preciso que busques el medio de avanzar por esa rama tanto como te sea posible, y si ves alguna cosa singular, dímelo.

Las pocas dudas que yo había tratado de conservar relativamente á la demencia de mi pobre amigo, desaparecieron del todo al oír lo que decía. No podía menos de considerarle como atacado de enagenación mental, y comencé á inquietarme de veras sobre los medios de conducirle á la cabaña. Mientras meditaba lo que sería mejor hacer, oyóse de nuevo la voz de Júpiter.

—Temo mucho—decía—aventurarme demasiado lejos por esta rama, porque está muerta casi en toda su longitud.

—¿Has dicho que es una rama muerta, Júpiter?—preguntó Legrand con voz temblorosa por la emoción.

—Sí, massa, muerta como mi abuelo; está bien muerta y del todo seca.

—¿Qué haremos, en nombre del cielo?—exclamó Legrand, que parecía presa de una verdadera desesperación.

—¿Qué haremos?—repetí yo, satisfecho por tener aquella oportunidad de pronun-

ciar una palabra razonable.—Lo mejor será volver á la cabaña y acostarnos; vamos, amigo mío, sea usted razonable; es tarde ya, y debe recordar su promesa.

—Júpiter—gritó Legrand sin hacer aprecio alguno de mis palabras—¿me oyes?

—Sí, massa Guillermo, le oigo perfectamente.

—Corta un poco de corteza con tu cuchillo, y dime si está muy podrida.

—Sí, massa, bastante—contestó poco después el negro;—pero no tanto como podría estarlo. Me será posible avanzar un poco más por la rama, aunque para esto he de ir solo.

—¡Solo! ¿Qué quieres decir?

—Hablo del escarabajo, que es muy pesado; si le soltase, la rama me sostendría sin romperse.

—¡Grandísimo tunante!—gritó Legrand, que parecía haberse serenado.—¿Qué disparates estás diciendo? Si dejas caer el insecto te retorceré el cuello. ¡Atención, Júpiter! ¿Me oyes?

—Sí, massa; pero no debe usted tratar así á su pobre negro.

—¡Pues bien, escúchame ahora! Si te aventuras en la rama todo cuanto puedas sin peligro, y sin soltar el escarabajo, te regalaré un duro apenas bajas.

—Ya voy, massa Guillermo; ya llego—gritó á voz Júpiter; estoy cerca de la extremidad.

—¡De la extremidad!—exclamó Legrand con acento más cariñoso.—¿Lo dices de veras?

—Sí, señor; falta muy poco para llegar, pero... ¡oh, oh, oh! ¡Dios mío, misericordia! ¿Qué hay en el árbol?

—¿Qué es eso?—gritó Legrand en el colmo de la alegría.

—Pues nada menos que una calavera: alguno ha dejado la cabeza en el árbol, y los cuervos se han comido toda la carne.

—¿Un cráneo, dices? ¡Muy bien! ¿Cómo está sujeto á la rama? ¿Cómo está retenido?

—¡Oh! se halla bien asegurado, pero permítame usted mirar bien. ¡Ah! ¡vaya una cosa rara! En la calavera hay un clavo muy grandé que la sujeta al tronco.

—¡Muy bien! Ahora, Júpiter, haz exactamente lo que voy á decirte. ¿Me oyes?

—Sí, massa.

—Pues, cuidado; busca el ojo izquierdo de la calavera.

—¡Oh, oh! esto sí que es particular; no tiene ojo izquierdo.

—¡Maldito estúpido! ¿No sabrás distinguir la mano derecha de la izquierda?

—Sí, ya sé; mi mano izquierda es la que uso para cortar la leña.

—Porque serás zurdo; tu ojo izquierdo

está en el lado de tu mano izquierda, y dicho esto supongo que podrás encontrar el de la calavera, ó más bien el sitio donde estaba. ¿Le has hallado?

Hubo aquí una larga pausa, y al fin oímos á Júpiter que decía:

—Entiendo que el ojo izquierdo de la calavera ha de estar en el lado de la mano izquierda; pero aquí no hay manos... No importa; ya he hallado el ojo. ¿Qué se ha de hacer ahora?

—Introduce el escarabajo por el agujero y deja correr el bramante todo lo posible, pero cuidado con soltar la extremidad.

—Ya está hecho, massa Guillermo; era muy fácil pasar el escarabajo por el agujero; mire usted cómo baja.

Durante este diálogo, la persona de Júpiter había permanecido invisible; pero el insecto aparecía ahora en la extremidad del cordel, y brillaba como una bola de oro bruñido, iluminado por los últimos rayos del sol poniente, que también nos permitían ver un poco á nuestro alrededor. El escarabajo se deslizaba entre las ramas, y si Júpiter le hubiese soltado habría caído á nuestros piés. Legrand cogió al punto la hoz, segó las hierbas en un espacio circular de tres ó cuatro varas de diámetro, precisamente debajo del insecto, y terminada la operación, ordenó á Júpiter que soltase la cuerda y bajara del árbol.

Con el más escrupuloso cuidado, mi amigo clavó en tierra una estaca, exactamente en el sitio donde el escarabajo había caído, sacó del bolsillo una cinta de medir, sujetóla por una extremidad en la parte del tronco del árbol más próximo á la estaca, y la desarrolló en la dirección dada por estos dos puntos en una distancia de cincuenta piés. Entre tanto, Júpiter despejaba el terreno con la hoz. En el punto así hallado, mi amigo clavó una segunda estaca, y tomándola como centro, trazó toscamente un círculo de cuatro piés de diámetro poco más ó menos; después empuñó una azada, y dándonos á Júpiter y á mí las otras dos, nos rogó que caváramos con toda la actividad posible.

A decir verdad, jamás había tenido yo afición á semejante ejercicio, y en aquel caso hubiera preferido ser mero espectador, pues la noche avanzaba, y aquejábame ya algo la fatiga por efecto de nuestra excursión; pero no veía medio de sustraerme, y temí perturbar con una negativa la prodigiosa serenidad de mi pobre amigo.

EDGARDO POE

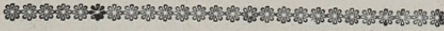
(Continuará)

LUIS RUDLOFF

SUCESOR DE

CRISTIANO RUDLOFF e Hijos

VALDIVIA



Gran Fábrica de Calzado y Curtidería

LA MAS GRANDE DE CHILE

Premiada en todas las Exposiciones del país y en la de Búffalo con

MEDALLAS DE PLATA Y DE BRONCE

Especialidad en Calzado para Mineros, Marineros, Oficinas Salitreras, Policías y Tropas del Ejército. Ultimamente se ha instalado una sección de Calzado fino.



Dirección telegráfica:

RUDLOFFOS

----- Valdivia

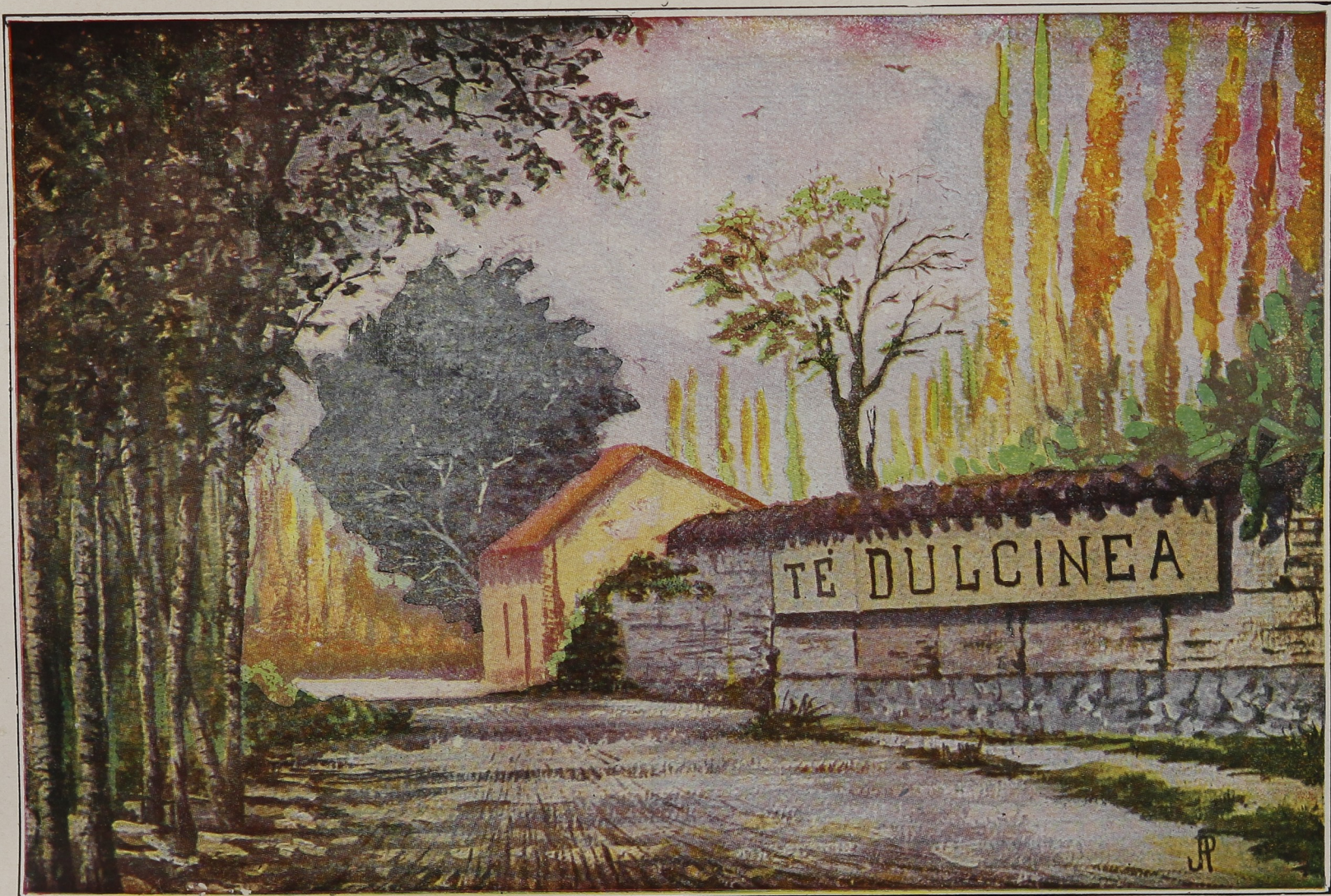
Ventas solamente al por mayor

La higiene, el aseo y la hermosura de la cabellera se obtiene con el uso diario, de la legítima **CARPIQUINA** del Dr. Borrell

Acaba con la caspa, destruye los malos gérmenes y vigoriza el cabello. Pruébese un solo frasco para convencerse de que es superior á todos sus similares.



En venta: L. MOUTIER y C.a, DAUBE y C.a, VOGT y C.a, EMILIO KLEIN y en todas las buenas Boticas, Droguerías y Perfumerías



TE DULCINEA

JP